

Paseaba una tarde con unos compañeros de los que llamaba antiguos, aunque eran jóvenes, cuando uno de ellos dijo sin darle demasiada importancia: antes de comer me pasé por Telégrafos y oí ciertos rumores de algo desagradable que había ocurrido en el sector de Melilla. Osuna, de familia militar y que parecía muy informado de todo lo referente al Ejército, nos dijo: Podemos estar tranquilos, en cualquier otro sector podría ser, pero ahí está Silvestre y ése es un general que sabe lo que se hace y que además de una valentía extraordinaria tiene unas condiciones de estrategia nada comunes. De todos modos se había picado nuestra curiosidad y decidimos, antes de ir a cenar, pasarnos por la oficina por si en efecto se había filtrado alguna noticia importante.

La sala de aparatos estaba presa de una tremenda conmoción. Los compañeros de Ceuta nos informaban sin concretar demasiado, de que nuestras tropas habían sufrido un verdadero desastre. Por otra parte se acumulaban los telegramas oficiales de todas partes, casi todos ellos en clave.

El Jefe del Centro, que se encontraba en la sala, nos requirió para que nos quedáramos de servicio, y a poco Madrid nos anunció algo que produjo entre todos un verdadero revuelo y la mayor expectación. Debíamos preparar un traslator para que, vía Málaga-Ceuta, el ministro de la Guerra, vizconde de Eza, pudiera comunicarse por telégrafo con el general Berenguer que estaba en Tetuán.

Se dispuso el traslator, un revelador de señales, y todos los que pudimos nos agolpamos para seguir los movimientos de su armadura, que en voz alta íbamos traduciendo: «Aún no he podido darme cuenta de la magnitud del desastre»; fueron exactamente las palabras del general; me impresionaron tanto que después de tan-

tos años las recuerdo literalmente. El vizconde de Eza parecía expresarse con toda sinceridad, cuando se quejaba amargamente de que su Ministerio no había sido informado en ningún momento de los peligros que pudieran originar los movimientos de tropas del general Silvestre.

Poco a poco fueron llegando a nosotros informaciones detalladas. Los moros habían llegado prácticamente a las puertas de Melilla. Importantes fuerzas españolas habían quedado cercadas, principalmente las que con heroísmo se defendían en Monte Arruit mandadas por el general Navarro.

Ya de madrugada, supimos que habían visitado a nuestro Jefe de Centro los coroneles de los regimientos de Borbón y Extremadura, de guarnición en Málaga, quienes habían recibido órdenes de embarcar inmediatamente para Melilla; pero sin saber la causa de esta precipitada decisión. Intentaba obtener de nuestro Jefe alguna noticia sobre la situación en el sector de Melilla.

Como puede comprenderse, nos quedamos atrapados en la sala de aparatos ayudando a los compañeros de servicio. Cuando a las ocho de la mañana nos disponíamos a retirarnos tuvimos que salir a la sala del público para atender a casi todo un regimiento que acababa de llegar a Málaga y cuyos componentes telegrafiaban a sus familiares.

Desde aquella noche se endureció de manera extraordinaria nuestro trabajo. Cuando salíamos a las siete de la mañana, en realidad nunca antes de las ocho, pues teníamos que hacer turno de mañana y por la tarde a veces, trabajábamos algunas horas extraordinarias.

No niego que el trabajo nos resultaba pesado, pero yo no he visto nunca trabajar con tanto entusiasmo. Llegábamos a la ridiculez de no separar los dedos del aparato hasta que el que nos reemplazaba del turno entrante no estaba dispuesto a utilizar los suyos, de tal forma que con el relevo no se perdía la transmisión de una sola palabra. Málaga se convirtió en el punto neurálgico de las comunicaciones con Africa y aún soportamos el que

antes de recibir refuerzos de Madrid, unos cuantos compañeros salieran a ayudar al personal de Melilla.

Al mismo tiempo que devorábamos las noticias sobre la resistencia de nuestras tropas cercadas, una intensa corriente de patriotismo había sacudido toda España. En todas partes se organizaban suscripciones para ayudar a nuestros soldados y todas las clases sociales daban prueba de una generosidad en proporciones que nunca hubiera imaginado.

Málaga vibraba de entusiasmo y ansiedad. Las tardes que no teníamos servicio acudíamos al puerto, donde una inmensa muchedumbre se apiñaba para despedir y animar a los soldados que embarcaban para Melilla. Una banda de música tocaba diferentes marchas militares, pero con preferencia «Banderita» de las Corsarias, que gran parte del público coreaba.

¡Viva España! ¡Viva Riquelme! ¡Viva el general Navarro! Todos eran vivas estentóreos y entusiásticos. Quizá entonces, emborrachado por mi exaltación patriótica y por el ambiente multitudinario, no me daba cuenta de que en los únicos en los que el entusiasmo no había prendido era en las primeras tandas de soldados que embarcaban. Algunos saludaban y daban algún viva, pero por lo general subían al barco tristes y preocupados, conscientes de su escasa preparación militar, sin saber a dónde iban ni qué les esperaba. Con el tiempo el panorama fue cambiando y al ardor del público respondían los soldados con igual entusiasmo.

Teníamos en nuestra fonda un viajante de vinos malagueños, buen muchacho y buen jugador de ajedrez, con el que habíamos intimado los telegrafistas. Pues bien, para dar una idea de la pasión patriótica de la que estábamos poseídos, contaré que estuvimos varios días sin hablarle cuando nos contó algo que pudo haber ocurrido, pero que probablemente era inventado. Según él, en una de las tardes de despedida a los soldados y cuando, como siempre, todos daban vivas a España y a los generales más distinguidos, uno gritaba: ¡Viva la mar salá! ¡Viva la mar salá! ¿Por qué grita usted eso?, le preguntaron sorprendidos los que se encontraban más

próximos. —¡Toma! —contestó el interpelado—. ¡Si no llega a ser por la mar salá, los moros se nos meten en Málaga!

Yo entonces quizá no analizaba el porqué de ese fanatismo en que toda objetividad y comprensión estaban ausentes. Rechazábamos todo lo que pudiera significar una duda respecto al resultado de la campaña y repudiábamos cuanto pudiera representar una sombra en el valor y la eficacia de nuestro ejército.

Todo era lógico y hoy todas aquellas escenas a que me refiero me las explico perfectamente. No en vano en nuestra escuela y en el Bachillerato la parte mayor y mejor ilustrada de nuestros estudios históricos se habían concentrado en los setecientos años de lucha entre los que llamábamos moros y españoles con permiso de Américo de Castro. De muy niño, en mi casa y en la calle, quizá sin mucha coordinación resonaban en mis oídos los nombres del barranco del Lobo, general Marina, monte Gurugú... Al llegar las ferias de mi pueblo siempre aparecía un pobre diablo que con un aparato que nos parecía maravilloso y que llamábamos catalineta, ofrecía por cinco céntimos la posibilidad de ver escenas de la guerra de Melilla.

Acepto y aceptaremos cerebralmente cualquier política de aproximación a los pueblos árabes; pero no nos engañemos, un sentimiento atávico del que es muy difícil desprenderse puede en cualquier momento crear reacciones como las que en 1921 nos sacudió a los españoles con motivo del desastre de Annual.

Existen en los pueblos momentos de solidaridad y entusiasmo que difícilmente se repiten. Esas ráfagas de vitalidad en las que convergen las mejores virtudes sin una extraña disonancia, en las que todos ayudan a sumar y casi ninguno a restar, parece que deberían ser aprovechadas y encauzadas por los poderes públicos para construir algo grande y duradero. ¿No supo el gobierno canalizar tanta energía y tanta pasión de un pueblo que se había puesto en pie desperezándose de su largo letargo? ¿Es acaso nuestro pueblo el que no es canalizable?

Lo cierto es que el ambiente en torno a Annual se fue enrareciendo; ya no había vivas generalizados, ya el general Navarro no había sido un héroe, sino que capituló cuando cayó muerto el teniente coronel Primo de Rivera, que fue el verdadero mantenedor del espíritu de los sitiados en Monte Arruit. En definitiva, el espíritu crítico había sustituido al ciego entusiasmo y aquel proceso de sumas había sido reemplazado por el de restas.

Nuestro trabajo en Telégrafos continuó con la misma dureza aunque de Madrid empezaron a llegarnos refuerzos. Se modernizaron las instalaciones telegráficas de que disponíamos, estableciéndose las primeras retransmisiones Baudot de España por las que Madrid se comunicaba directamente con Ceuta y Melilla.

Naturalmente que podía seguir escribiendo mucho sobre la Guerra de Marruecos, pero sería desvirtuar el objeto de estas memorias.

Trabajaba y naturalmente también me divertía, pero la realidad era que no estudiaba nada, absolutamente nada.

Por lo que he dicho hasta ahora de mi padre, nadie podrá pensar que se había desentendido de mí, ni que dejara de preocuparle mi futuro. Comprendió perfectamente la atmósfera que me rodeaba y la influencia nociva que incuestionablemente había de ejercer en un muchacho que tan joven, prácticamente un niño, se había colocado fuera de la órbita del control paterno.

La decisión fue rápida y la más lógica. Se aprovechó la oportunidad de que el jefe de Telégrafos de mi pueblo deseaba ser trasladado a Málaga y mediante el compromiso de pagar mi padre los gastos que le originaran el transporte de su mobiliario a la capital, se propuso la permuta que fue aprobada.

Me emocionó la despedida cariñosa que me dispensaron mis compañeros al pie del autobús Málaga-Torrox. Habían progresado las comunicaciones entre mi pueblo y la capital; ya teníamos un autobús directo y no teníamos que utilizar la diligencia de caballos.

Casi todos los compañeros libres de servicio fueron a darme un abrazo, y yo, he de confesarlo, hice un esfuerzo para ocultar las lágrimas que asomaban a mis ojos, sorprendido por la expresión de un afecto generalizado, que nunca había sospechado.

Y heme aquí otra vez en mi pueblo. Contra toda lógica, estaba contento... y hasta orgulloso. Indudablemente no me abandonaba el espíritu infantil, pues lo que en realidad me atraía era ser jefe (sí señor, jefe) de la estación telegráfica cuyo puesto desde niño había visto ocupar por funcionarios de unos cincuenta años.

Tenía un despacho, una vivienda que no utilizaba por vivir con mis padres y dos subordinados: Julio, el repartidor, un hermano algo menor de mi amigo Salvadorico, que naturalmente me tuteaba, y un celador de líneas bastante mayor que yo, llamado Frasquito, que por haberme conocido de niño, también utilizaba conmigo el tuteo.

Frasquito era un funcionario muy eficiente, pero que raras veces dejaba de estar borracho. Su estado llegó a alcanzar tales proporciones que tuve que amenazarle con formarle expediente. No puedo permitir —le dije— que aparezcas en la oficina en ese estado bochornoso; por otra parte, si sigues bebiendo vas a morir en cuatro días. ¿No ves cómo yo no tomo nunca ni una copa? Se me quedó mirando con aquella cara entre impasible y abotargada y me dijo: Manolico... ¡no sabes lo que te estás perdiendo!

Julio era un buen muchacho que como el servicio era

mínimo, por lo general tres a cuatro telegramas diarios, aprovechaba el tiempo libre para obtener una cultura general y práctica, en cuyo empeño yo le ayudaba.

Cuando Julio tenía que llevar un telegrama destinado a alguien que vivía en las «calles de arriba» era maldecido y abucheado por la mayoría de las vecinas: ¡Pájaro de mal agüero! ¡No permita Dios que te pares por aquí, anunciador de desgracias! ¡Ahí va ese abejorro! En la puerta que llamaba para entregar el despacho era recibido con llantos.

Todo esto parecerá raro y exagerado, pero la realidad es que el noventa por ciento de los telegramas que por aquellos andurriales se recibían eran de este corte: «Tu hermano muerto, ponte en camino».

Tenía pocos subordinados, pero evidentemente era un jefe y a los diecisiete años era algo así como uno de los personajillos del pueblo. Sentado en mi sillón me creía alguien y trataba de rodear mi cargo de toda la dignidad posible. Este afán por crear un clima de respeto en la oficina me hizo cometer una falta de la que me arrepentí en seguida y que durante cierto tiempo estuvo atormentando mi conciencia.

Una mañana se presentó en la oficina «El Colorao», dueño de un pequeño comercio de ultramarinos, a expedir un telegrama. Todos los expedidores entraban en mi despacho, pues como había tan pocos, no era cómodo atenderlos por la ventanilla. Pero el caso fue que «El Colorao» entró con el sombrero puesto y no hizo la menor señal que significara un saludo. Había tenido, pues, la osadía de encasquetarse el sombrero ante el jefe de Telégrafos, que estaba sentado en su sillón giratorio. Me sentí ofendido, me acordé de la dignidad de mi puesto, y tras unos segundos de vacilación, me puse de pie y con lentitud le quité el sombrero que dejé sobre una silla.

No podría interpretar la compleja mirada de «El Colorao». Era una mezcla de rabia, de protesta, de agresividad y de desamparo que desembocaba en un gesto de animal herido y humillado. Era alto y fuerte; podía haberme machacado de un puñetazo y no hizo nada, no dijo nada..., absolutamente nada.

Esta maldita escena la tuve clavada en el alma durante muchos días; pensé, para liberarme, entrar en su tienda y pedirle perdón. Pero he de confesarlo: no lo hice. ¡No lo hice!

Si expedíamos pocos telegramas también eran muy pocos los que recibíamos, pero recuerdo uno que, tanto a Julio como a mí, nos dejó intrigado por su contenido.

Iba dirigido a una mujer, procedía de Granada, y más o menos decía lo siguiente: «Si mi madre no ha parido en el otro mundo, yo no tengo ningún hermano, y ya me está fastidiando un hombre extraño en mi casa. Contesta».

No sabíamos qué interpretación darle a aquel telegrama y esperé la reacción del destinatario cuando Julio se lo entregase.

Al llegar la tarde llegó a la oficina una mujer joven con cara entre asustada y sorprendida que se limitaba a mirarme unas veces a mí y otras al telegrama como pidiendo una explicación y un consejo. Por fin me dijo: «Usted dirá qué es lo que debo contestarle a mi marido». Poco a poco pude ir aclarando el asunto, que se reducía a lo siguiente: la mujer hacía unos meses que se había casado con un trabajador del campo de los que alternaban su estancia entre mi pueblo y Granada. Ahora se encontraba en aquella ciudad cuando se presentó un hombre en su casa diciendo que era hermano de su marido y que iba a quedarse unos días con ella. Ella lo aceptó como la cosa más natural del mundo y escribió a su marido diciéndole: «Sabrás cómo tu hermano Pepe está pasando unos días en nuestra casa». El marido, que no tenía tal hermano, telegrafiaba al descubrir que un desconocido comía y «dormía» bajo el mismo techo que su mujer.

—Ya ve usted —me decía extrañada la mujer—, precisamente desde ayer el hermano ha desaparecido.

Comprendí que era la carta al marido lo que determinó la marcha del desaprensivo. Le pergeñé una respuesta en la que hice lo posible por tranquilizar al celoso granadino.

Julio y yo comentamos y reímos el caso y no volvimos a saber nada relacionado con el extraño telegrama.

Mi hermano Paco estaba terminando Derecho, carrera que estudiaba en casa, examinándose en Granada, donde iba obteniendo las más brillantes calificaciones. Terminó con premio extraordinario.

Además de mi hermana Nieves, que estaba en pleno «polleo», tenía otros dos hermanos: Gustavo, cuya salud era muy precaria, lo que le había impedido que estudiara el bachillerato, y mi hermana Margarita, todavía una niña, y que era objeto, por mi parte, de una particular ternura. Ella también sentía adoración por mí.

Por entonces cambié la carrera que en principio había escogido. Se había creado la ingeniería de telecomunicación y todos los oficiales de Telégrafos, hasta una cierta edad, podían opositar a una de las plazas que, en número reducido, se convocaban todos los años para el ingreso en la escuela correspondiente. Los que alcanzaban plaza eran relevados de todo servicio, dedicándose exclusivamente al estudio, y cobrando su sueldo. No podía dudarlo: si continuaba con industriales, después de ingresar en la escuela, tenía que conseguir el traslado a Madrid, Barcelona o Bilbao, donde existían centros de enseñanza de dicha especialidad y simultanear el estudio con el trabajo, ya que no tenía posición económica para pagar mi residencia fuera de mi casa.

Por otra parte, las materias que se exigían para el ingreso en telecomunicación eran las mismas que para industriales.

Tomada una definitiva decisión, instalé en mi despacho una pizarra y, aprovechando el poco trabajo que me exigía la estación telegráfica, me dediqué con entusiasmo a la preparación de las oposiciones.

Pero ya había cumplido los diecisiete años, y cercanos los dieciocho, después de cerrar la oficina me dedicaba a alternar con las jóvenes del pueblo, tomando parte en todas las reuniones, paseos y fiestecillas que constituyen ese mundo de los pueblos, tachado por los que viven en una capital de ñoño o de crusi, pero que tiene en realidad un encanto inigualable.

Sabía que aspiraba a algo más que al lento avance del escalafón de Telégrafos; tenía que ser ingeniero, me había propuesto una meta profesional y tenía que alcanzarla. ¿Pero es que en la vida sólo contaba la meta? ¿Y la vida misma? ¿Debe preocuparnos sólo llegar al destino sin contemplar y paladear el paisaje? Era joven, me había identificado con muchos de los personajes de las novelas que había leído; una carga de romanticismo pesaba sobre mi espíritu; gozaba leyendo versos y los leía en voz alta, embriagándome con su ritmo y con su música. Todo este estado de ánimo, quizá indefinible, me llevó ciegamente a caer en unas relaciones amorosas. Yo diría que el amor o como se le llamase no fue inspirado desde fuera, fue buscado desde dentro. Viví durante algún tiempo lo que creí sinceramente que era una pasión, ¿pero me la encendió aquella muchacha llamada Antoñita? Si hubo una llama... ésa estaba ya encendida.

Sí, paseaba con varias muchachas amigas de mi hermana Nieves, y una de ellas, Antoñita, reunía todas las características para que en ella se desbordaran los primeros ensueños amorosos de mi mocedad.

Me atraía físicamente, pero además era culta, podía comentar conmigo las páginas más interesantes de libros que habíamos leído o que nos intercambiábamos; gustaba de mis poetas preferidos y, sobre todo, tengo que confesarlo: creo que me admiraba. No puedo ni debo ocultar mi debilidad, para un muchacho de dieciocho años que se cree brillante, uno de los sentimientos que más atraen de la mujer, en la que hemos puesto nuestros ojos, es su admiración.

Durante unos días, no muchos, el romance se desarrolló alegre y felizmente: nos hablábamos, nos escribíamos, se asomaba a su terraza cuando sabía que yo pasaba por la plaza. Un día hice un gran descubrimiento: en una posición, quizá algo peligrosa, desde uno de los balcones del edificio de Telégrafos podía ver a Antoñita en su terraza. ¡Qué maravilla! Pasábamos horas embriagados con esos gestos tan simples, tan primitivos, que tan ridículos parecen a los extraños y que en los protagonistas produ-

cen una dicha renovada y el sabor de promesas indefinibles.

Teníamos que vernos a solas, aunque fuera un momento, sólo un momento, pero solos, sin testigos. Quedó acordado. A las diez de la noche en punto yo llegaría a la puerta de su casa, ella abriría la puerta, entornada y... nada más. No hablamos de lo que haríamos porque no lo sabíamos; estaríamos simplemente solos durante un momento, y eso fue, un momento en que un abrazo y un beso conmovieron nuestros cuerpos hasta que, efusión y miedo, todo junto, dieron paso a la fijación de la fecha de la próxima cita. Pero no, no hubo otra cita.

Cerca de Antoñita vivía el párraco don Luis, sucesor del pobre don Rafael. Se creyó obligado a hablar con mi padre: «Don Manuel, cuando menos se lo piense, su hijo le va a dar un disgusto, llegando a una situación en que ya sabe cómo ha de solucionarse. Yo que usted actuaría cuantos antes». La sospecha y el temor no podían ser más injustos. Es cierto que nos habíamos encontrado a solas, de noche, en la oscuridad, pero unos minutos y a la puerta de casa y sabiendo que a los pocos metros vigilaba la hermana mayor de Antoñita.

Mi padre no necesitaba ni consejos ni advertencias cuando vislumbrada un peligro para el porvenir de sus hijos. Yo había venido al pueblo precisamente para salir del pueblo, para alcanzar una posición brillante, que había de «realizarse», como ahora se dice, en un ambiente más brillante todavía y lejos, muy lejos, de Torrox. Sin descartar los peligros que apuntaba don Luis, lo esencial para mi padre era que unas relaciones amorosas no sólo me quitarían tiempo de estudio, ablandaría mi voluntad y, sobre todo, me cortaría las alas, recortando mis ambiciones. En pocas palabras: podía ocurrir que hubiera venido al pueblo para quedarme en el pueblo.

Tuve con mi padres no una, sino muchas conversaciones desagradables. Mi padre me infundía un respeto extraordinario. Acostumbraba a ser afectuoso, pero todo él irradiaba respeto, apoyado en una gran dosis de energía y un tesón para defender sus principios, en los que no cedía ni un ápice.

Yo iba a cumplir dieciocho años. Creía que mi personalidad y hombría estaban en juego y no podía admitir que se me impusiera la ruptura de mis primeras relaciones amorosas.

No contaba con las complicaciones pueblerinas. Antoñita pertenecía a un escalón social ligeramente inferior al mío, cosa en la que estaba seguro no había reparado mi padre para nada. La oposición de mi padre, y naturalmente de mi madre, fue trascendiendo en seguida, e interpretada inmediatamente como un desprecio a la clase social de la novia y a una muestra de orgullo de mi familia.

La familia de Antoñita se sintió vejada, se hicieron múltiples comentarios y entre ellos, como no podía por menos de suceder, los míos encontraron conceptos ofensivos.

Las familias en los pueblos son muy numerosas y, por tanto, es fácil comprender que el número de personas que, en un sentido u otro criticaba y tomaba posturas desagradables, fue en aumento.

La atmósfera se fue haciendo cada vez más tensa y yo empecé a considerarme más de la familia que novio de Antoñita. Mis primeros amores habían naufragado.

Todavía, al pasar por la plaza, levantaba la vista hacia la terraza de Antoñita y ésta hacía como si se ocultara. Durante un año, más o menos, a mis horas de entrada en la oficina el juego se repetía y aquellas miradas que cambiábamos fueron como un rescoldo de aquel fuego, en el que por breve tiempo nos creíamos inmersos.

Me recluí en mi Telégrafos, en mis estudios y en mis libros.

Me explico perfectamente cómo el jugador trata de hacer más emocionante el juego mirando poco a poco los bordes de las cartas para retardar el conocimiento del valor de los naipes que le han dado. Así, una noticia que se va construyendo con los puntos y rayas del alfabeto Morse, produce una emoción y estimula una ansiedad que en modo alguno se alcanza cuando se lee en un periódico. Esto me ocurrió a mí con el telegrama: ansiedad, impresión, emoción, interés, mil interrogantes respecto a lo que iba a ocurrir en España; todo ello me hizo levantar del sillón, incapaz de estarme quieto. Nervioso y excitado descargué toda mi tensión, informando en el casino de la sensacional noticia.

La tempestad de comentarios que levantó el anuncio de lo ocurrido puede imaginarse. En los pueblos, donde casi nunca pasa nada, impacto como el que yo produje con mi noticia excitó los ánimos hasta niveles insospechados y se expusieron los criterios más dispares.

Con la ecuanimidad de siempre mi padre me llevó un momento a parte para decirme: «¿Tú crees que es correc-

to dar cuenta en público del texto de un telegrama?». Quedé un poco desconcertado al principio, pero después le hice ver que si esa noticia no había llegado al pueblo todavía por otro conducto era por falta de Prensa. Por otra parte, no se me había advertido que su contenido constituyera materia secreta.

En efecto, al día siguiente la Prensa fue ampliando las noticias que yo había transmitido y empezaron a conocerse numerosos detalles. El presidente del Gobierno, García Prieto, declara que antes de entregar el poder tendrían que pasar por encima de su cadáver; manifestaciones entusiásticas en Barcelona en favor de Primo de Rivera; guarnición de Madrid no dispuesta a dispensar su apoyo al Gobierno. Al final, el Rey llama al general sublevado y éste establece un Directorio Militar.

Naturalmente, García Prieto se marchó por su pie y no mostró ninguna apariencia cadavérica. Con este motivo el pobre marqués de Alhucemas era objeto de las burlas más sangrientas, tachándose de ridícula la frase con la que quiso definir una postura heroica a sabiendas de que era incapaz de sostenerla.

Yo, que en aquella época buscaba lo sublime por todas partes, quedé indignado, con lo que calificué de vergonzante histrionismo del jefe del Gobierno.

Pasados los años, un mayor conocimiento de los hombres políticos y del ambiente que los rodea, me lleva a pensar que posiblemente García Prieto llegó a creerse capaz de cumplir su promesa y que el pronunciar su ridiculizada frase, acaso sin saberlo, se mentía a sí mismo, sin tratar de engañar a los demás.

La mayoría de los jefes políticos que ostentan el poder viven en una atmósfera tal de halago y de fingida admiración que llegan a creerse todas las cualidades sobresalientes que le atribuyen cuantos le rodean y alientan.

Precisamente una anécdota que me contó el que fue subsecretario de la Presidencia en el Gobierno derribado por Primo de Rivera —Eugenio Barroso— robustece mi opinión.

Me contaba mi amigo el subsecretario que, al salir una tarde del Congreso acompañando a García Prieto, éste se

mostraba triste y deprimido porque, según decía, su intervención parlamentaria había sido poco afortunada. El subsecretario le consolaba discretamente diciendo que las intervenciones no son siempre tan brillantes como sería de desear, pero que no dramatizara lo sucedido, pues tampoco podía tachársele de fracaso. El jefe del Gobierno insistía en sus quejas y así llegaron al domicilio de García Prieto. Quedó el subsecretario, siguiendo la costumbre establecida, en volver después de cenar para formar parte de la tertulia que se organizaba todas las noches y a la que concurría buen número de los diputados del Partido Liberal, del que era jefe García Prieto.

Cuando llegó mi amigo directamente al comedor de su jefe, la mujer de éste le dijo: «Anima a Manolo, que está muy deprimido; según él, ha quedado muy mal esta tarde en el Congreso». ¿Verdad que exagera?

Se abrieron unas puertas corredizas y se pasó a un salón, donde esperaban los diputados y otros colaboradores del marqués.

—¡Manolo, has estado como Dios! ¡Vaya discurso el tuyo! ¡Has destrozado a tu contrario! ¡Ven a mis brazos, que has estado como nunca! Al principio el marqués se excusaba con modestia, pero a los pocos momentos encendió un cigarro puro, su cara cambió y llegó a creerse que, en efecto, había pronunciado uno de los mejores discursos de su vida.

Con las enseñanzas de esta verídica anécdota, ¿no es lógico suponer que las palabras de sus colaboradores influyeran de tal modo en García Prieto que, creyéndose capaz de todas las heroicidades, pronunciase de buena fe la frase que tanto ridiculizaban?

He de confesar que yo era un iluso, y vivía un clima completamente artificial, tejido con la impronta que en mi espíritu habían dejado lecturas y personajes que fueron objeto de mi admiración. Fuera de la realidad, creía que todas las agrupaciones de tipo liberal o progresistas se lanzarían a la calle oponiéndose al establecimiento de una Dictadura en España, enfrentándose decididamente, si era preciso, con las fuerzas armadas que apoyaban a

Primo de Rivera. Tenía la seguridad de que, al final, la victoria sólo podía estar de nuestra parte.

No reparaba en que en los tiempos que con mi imaginación revivía la diferencia de medios de lucha entre Ejército y pueblo eran escasos, mientras que en 1923 esta diferencia resultaba abismal.

Sobre todo tenía una fe ciega en la actitud del Partido Socialista y en la organización obrera que le apoyaba. «Seguro —me decía—, esta gente se lanza a la calle». Por ello me quedé verdaderamente sorprendido y frustrado cuando oí que mi padre, Esteban, el ingeniero agrónomo Liró y otros intelectuales del casino elogiaban y calificaban de valiente el manifiesto que publicó el Partido Socialista con motivo del alzamiento del general. ¿Eso era todo? ¿Ahí terminaba la actitud del Partido, que figuraba en la vanguardia de las fuerzas progresistas españolas?

Hoy me pregunto: ¿Y qué tenían que defender las fuerzas obreras? ¿Qué les importaba a ellas un sistema político en descomposición?

Por lo que yo recuerdo, salvo un grupo del casino, en el que figuraba mi padre y que desde el principio mostró su repulsa por el golpe militar, en el resto de mis paisanos la nueva situación se contemplaba con sentimientos que iban de la mera curiosidad a la más absoluta indiferencia.

Lo cierto era que, al menos para una minoría, se había creado un tema de conversación constante sazonada con los rumores, cuentecillos y críticas más o menos verídicos que, al propagarse por toda España, llegaban también hasta nuestro pueblo. Se pasó, pues, de la protesta y la excitación de los primeros tiempos a la vida del chisme y del chiste, a que tan aficionados hemos sido siempre todos los españoles.

Se elogiaba el ingenio y la gracia de Bergamín, una de las grandes figuras del Partido Conservador, porque, al ser preguntado por la razón de nombrar siempre al dictador con sus dos apellidos, Primo de Rivera y Orbaneja, respondió diciendo que esa era la única manera que tenía de mentarle a su madre.

Circulaban también unos versos que decían:

*¡Decidme, generales fanfarrones!
Que os habéis olvidado de la historia
¿Dónde está vuestra noble ejecutoria?
En ser cobardes y además ladrones.
Tenéis en vuestro haber lauros de gloria
Derribando Gobiernos sin riñones
Si hay un moro en Madrid, adiós victoria.
Os marchais a Bayona por capones.*

Como puede verse, se recurría a lo grosero y lo burdo con tal de hacer un poco de gracia, en la imposibilidad de hacer otra cosa.

Como me atraía de cuando en cuando escuchar al zapatero Paco Pilili le pedía su opinión sobre los nuevos acontecimientos. Salió con la respuesta que menos esperaba: «¿De qué os sorprendéis? ¿Por qué le dais tanta importancia a que aparezca el general del Gobierno Primo de Rivera al mando supremo del país? En España han mandado siempre los militares y ahora lo que ocurre es que se han decidido a dar la cara. Así se les partirá mejor que cuando la tenían escondida». Naturalmente, terminaba con el estribillo sobre su estancia en Logroño.

No se apagaban los comentarios y conjeturas sobre la Dictadura Militar que, por cierto, teníamos que reconocer; despertaba el entusiasmo entre amplios sectores del país, especialmente en todo cuanto significaba cambios, persecuciones o vilipendio del pasado.

La masa mostró gran entusiasmo al leer una lista de personas conocidas, a las que, tachándoseles de emboscadas, se decretaba su cese, pues cobraban un sueldo de modesto funcionario público sin asistir a la oficina. La persecución de secretarios de Ayuntamiento y de alcaldes, a los que se achacaban faltas o delitos administrativos, tuvo también una acogida muy favorable en la opinión pública.

Posiblemente, yo aseguraría que todas las medidas persecutorias fueron por la masa más apreciadas que los indudables aciertos del Dictador, entre los que se

contó la operación de Alhucemas, subsiguiente fin de la guerra de Marruecos y su plan de obras públicas. Si alguna vez se admitió que la venganza es el placer de los dioses, permítaseme admitir que la revancha, la envidia y la persecución constituyen uno de los placeres más característicos de la masa.

¿Cómo era en realidad Primo de Rivera? Indudablemente, no podemos desposeerlo del título de dictador, porque hacía y deshacía a su antojo, pero raigambre de dictador, características del dictador clásico, no tenía ninguna. Adelantándonos a cualquier otra consideración, digamos algo tan esencial como esto: era un andaluz puro. Era de Jerez de la Frontera.

Un dictador clásico es frío, casi introverso muchas veces; pero, desde luego, hombre que manda con pocas palabras y sin admitir discusiones. Don Miguel, exuberante de palabra, gustaba salir al encuentro de cualquier opinión. Le atraían las discusiones, y, a través de sus notas oficiosas que obligatoriamente insertaba la Prensa, trataba de explicar todos sus actos. ¿Cuándo se ha visto un dictador que sienta la necesidad de justificar sus acciones? Hasta cuando rompió con su novia se consideró obligado a dar una extensa explicación sobre las causas de tal ruptura.

Yo me atrevería a decir que en Primo de Rivera combatieron de modo continuo las dos personalidades que llevaba dentro: la del dictador, como reflejo de un afán de mando quizá demasiado intuitivo, y su naturaleza andaluza, con todo ese fino espíritu que siempre tiende a la comprensión y casi sin poderlo evitar quiere justificarse y buscar una confianza en sí mismo que nunca acaba de llegar totalmente. Esas dos personalidades fueron dando tumbos hasta que llegó a la consulta de los capitanes generales... y entonces la duda ya no fue sólo suya, fue de los demás, empezando por el Rey: la sombra del Dictador desapareció para siempre.

Dejo por ahora el eco siempre vivo de cuanto mandaba, hacía, decía o escribía el exuberante Don Miguel, para ocuparme de algo que centró la preocupación familiar y la de muchos amigos de mi padre.

Me refiero a las oposiciones a Registros, a las que

iba a concurrir mi hermano Paco y el hijo mayor del farmacéutico, Salvador Ariza. Este se presentaba por segunda vez, y mi hermano sólo había dedicado a su preparación diez meses. Mi padre, Esteban, mi tío Justo, el farmacéutico y siempre algún que otro amigo no cesaban de comentar las dificultades de la oposición y leían con el mayor interés las listas de aprobados, muy exiguas, que diariamente publicaban los periódicos madrileños.

Yo creo que estos comentarios ayudaban a mi padre a descargarse un poco del estado de tensión en que vivía en la casa y de la que participábamos todos. Yo tenía miedo, no podía negarlo, pero al mismo tiempo una gran confianza en las posibilidades de mi hermano. Posiblemente, mi padre en el fondo, muy en el fondo de su conciencia, también tenía confianza, pero ésta quedaba borrada por el pesimismo que siempre se reflejaba en todas sus manifestaciones.

Con aquel ambiente, no comprendo ni cómo podía estudiar serenamente mi hermano, ni cómo podíamos vivir los demás.

Le tocó actuar primero a Salvador Ariza, y como los exámenes terminaban de noche, sólo podía llegar su telegrama con el resultado al día siguiente, ya que la estación telegráfica se cerraba a las siete de la tarde.

El telegrama, esperado por el bueno de don José el farmacéutico en mi despacho, acompañado de sus amigos, entre los que naturalmente se encontraba mi padre, tuve que leerlo en voz alta a medida que la cinta avanzaba en el receptor Morse: actué, «ocho temas, bien; los otros dos, regular. No fui aprobado».

El pobre de don José, si acostumbraba a hablar muy de prisa, en aquel momento lo hacía de un modo atropellado. Parecía que se quería disculpar conmigo porque yo le había transmitido una noticia desagradable. Los acompañantes lo consolaban como podían, y yo no pude menos de temblar pensando en la escena que tenía que repetirse cuando actuara mi hermano.

Llegó la fecha temida, y mi padre, siempre impaciente, advirtió a mi hermano que si aprobaba pusiera el telegrama urgente. Sabía, porque yo se lo había dicho,

que los telegramas calificados de urgentes son los primeros que se transmiten y se anuncian con el indicativo D. D. D. De esta forma, cuando Málaga empezara a transmitirme, si en la cinta aparecían las D. D. D., era que había aprobado, y, en caso contrario, lo habían suspendido. Mi padre era así; su impaciencia le impedía aguantar más del tiempo de una letra (D).

Mi padre y sus amigos estaban desde que abrí la estación agolpados a mi alrededor esperando la llamada de Málaga. Mi sistema nervioso estaba desquiciado, porque, aparte de la mía propia, recibía la tensión que me transmitían los visitantes.

Salió Málaga y no empezó con el indicativo D. D. D. Aquello fue tremendo; mi padre lanzaba exclamaciones de amargura, cuando yo exclamé, gritando: «¡Aprobé!».

«¡Mentira!, ¡mentira!», decía mi padre. Aquello fue una jaula de grillos, y el que tomó rápidamente la mejor decisión fue Esteban, que salió corriendo para informar a mi madre de la buena noticia.

La explicación del malentendido fue la siguiente: mi hermano expidió dos telegramas: uno, ordinario, para su novia, y otro, urgente, dirigido a mi padre. El telegrafista de Málaga, viendo que los textos eran iguales, no concedió importancia al orden de transmisión, y yo recibí primero el telegrama dirigido a la novia que el destinado a mi padre.

Quedé agotado al terminar de escribir los telegramas, y recuerdo que mientras todos, incluido mi padre, salían, yo quedé en el sillón sin ánimo para moverme por la tensión, la ansiedad y emoción a que estuve sometido durante aquellos instantes.

El incidente de los telegramas me hizo pensar en lo inútil que resulta a veces agotar todas las circunstancias previsibles que intervienen en la resolución de cualquier problema cuando cualquier imponderable puede jugar una mala pasada. Este fue el caso de la falta de cumplimiento, de la rutina establecida, por el telegrafista de Málaga.

—Tu hermano, registrador. ¿Es que tú te vas a quedar en telegrafista?—ésta fue la insistente pregunta que mi padre me dirigía después del éxito de Paco—. Tienes que apretar y seguir adelante; a poco que se pase, te irás adocenando y cuando quieras recordar será tarde. Te enterrarás en el pueblo.

Todos estos estímulos los prodigaba mi padre con toda la machaconería que era en él usual en todo cuanto se refería al porvenir de sus hijos.

Yo estaba decidido a ser ingeniero; pero no cabe duda que el haber «asegurado los garbanzos» con mi ingreso en Telégrafos y mis relaciones de casino, junto con la participación en el mundillo político del pueblo, constituían una peligrosa adormidera.

Parecerá ridículo que hable del mundillo político de pueblo como de algo digno de curiosidad o entretenimiento. Quien así piense desconoce por completo todo lo que encierra un pueblo y los atractivos que ofrece a toda persona sensible el entresijo de problemas y acontecimientos diarios que en todo su exponente humano definen la vida de una comunidad.

Un pueblo es un microcosmo en el que lógicamente se desarrollan hechos y avatares en todo análogos a los que pueden vivirse y contemplarse en cualquier ciudad de grandes dimensiones. La diferencia esencial radica en que en las grandes urbes el individuo sólo puede abarcar un panorama reducido: a veces, el de su pequeño círculo de convivencia, casi siempre homogéneo; mientras que en el pueblo la visión es más amplia; todo nos llega y todo lo percibimos procedente de los estratos sociales económicos y culturales más diversos.

Poco a poco iba sobreponiéndome al clima del pueblo y me dedicaba con más intensidad a preparar mis oposiciones sin abandonar por completo mis lecturas literarias y aprovechándome de cuando en cuando de las

facilidades que me brindaba Pepe Mira, el hermano de Esteban, con su flamante automóvil, que fue el primero del pueblo.

Pepe Mira era el hombre que respiraba más felicidad y alegría que he conocido. Todo él era euforia e indudablemente tenía la virtud de transmitirla.

Para él, todo lo suyo era lo mejor, lo nunca visto; hasta el encendedor era el único que encendía a la primera. Mientras tuvo caballo, no había en toda la provincia ejemplar que se le comparara, y desde su montura contemplaba con cierta burla y desprecio los automóviles con que tropezaba en la carretera. «No cambio mi caballo por todos los automóviles del mundo. ¡Qué olor, qué ruido más inaguantable! Donde se ponga un buen caballo...»

Pues bien; de la noche a la mañana, con esa alegre inconsecuencia que le caracterizaba, puso todo su amor y su orgullo en un «Renault» que acababa de comprar.

«¿Vienes conmigo a Málaga? Te llevo en menos de una hora; ya verás.» Yo accedía, pero tenía muy buen cuidado de atenerme a las reglas del juego, si quería que la invitación se repitiera. Tanto a la ida como a la vuelta alababa varias veces, en los términos más extremos, su habilidad como conductor y las cualidades de *comfort* y suspensión del coche. Se emborrachaba con los elogios, a los que asentía multiplicándolos. ¡Ay del que fuera silencioso en su coche! No volvía a invitarlo más.

Un detalle de su optimismo, rayano en la inconsciencia, me la ofrecía muchos días al verme en la plaza después de comer. «¡Vamos a tomar un helado, te convidó!» «Pepe, estoy en plena digestión, hace una hora que he comido», solía responderle al principio. ¡Cualquiera podía con aquella catarata de seguridad y optimismo! «Bajo mi responsabilidad. ¡Soy médico!» Me rendía ante razón tan poderosa. ¿Quién podía quejarse de su muerte, si un médico tomaba sobre sí toda la responsabilidad?

Gran acontecimiento en el pueblo: llegaría un delegado gubernativo, pues Primo de Rivera, en su afán de terminar con los últimos vestigios del caciquismo utilizaba a los oficiales del Ejército para dirigir y encauzar la vida de los pueblos.

En general, se pasó de caciques gratuitos a caciques pagados; pero nosotros tuvimos suerte y nos tocó un capitán bastante comprensivo, que se hizo cargo en seguida de que en nuestro pueblo no se habían padecido ni abusos ni inmoralidades de ningún género imputables a personas que ejercieron autoridad. En mi pueblo no veíamos más autoridad que la que encarnaban los dos alguaciles.

Eso sí, cumpliendo con las instrucciones que había recibido, destituyó al alcalde y nombró para sustituirlo... ¡a Frasquito Javier!, el hombre de «¡ya verán ellos!».

El bueno de Frasquito Javier, al comunicárselo a mi padre, no podía hablar de asombro y de indignación: «Pero ¿qué he hecho yo? Pero ¿se puede obligar a un hombre a ciertas cosas?». Para él, la alcaldía estaba incluida en «ciertas cosas».

Que yo recuerde, el paso del delegado gubernativo por mi pueblo sólo se caracterizó por el gasto de los fondos del Ayuntamiento en fuegos artificiales.

Según él, había que fomentar los festejos populares; pero yo más bien pensaba que su forzada inactividad y su condición de capitán de artillería le hacía buscar en los fuegos artificiales algo que le recordara su abandonada profesión.

Llegó la convocatoria esperada. Fue sólo de cinco plazas y se celebraba en la segunda quincena de septiembre. Conseguí un permiso adelantado de diez días para informarme en Madrid, a través de la única academia que sabía funcionaba para la preparación de los opositores.

Ya en Madrid pude ver que los candidatos de provincias éramos muy pocos, y que casi todos, hasta un total de cincuenta y cuatro, se preparaban en aquella academia.

Hablé con el director, que recuerdo me dijo: «No puedo dedicarme a usted en estas fechas; por otra parte, para su información, tengo veinte alumnos preparados para plazas seguras y diez para el número uno».

Se interesó por los textos que había utilizado para mi preparación y llevó su curiosidad a interrogarme sobre mis conocimientos respecto a ciertos criterios uti-

lizados en las series. Le pregunté dónde podría estudiarlos y me dijo que en el Rey Pastor, pero que para entender a Rey Pastor había que dedicarle muchos meses.

Llegué a la casa de huéspedes, que me había buscado un compañero de Telégrafos, con el que hacía años trabé amistad, completamente descorazonado. Aquel compañero me animó, consideró ridículas las manifestaciones del director de la academia y me aconsejó ir al Casino de Telégrafos, que contaba con una buena biblioteca y donde seguro encontraría el Rey Pastor.

¡Qué sorpresa! El Rey Pastor se entendía perfectamente, estaba escrito con una claridad meridiana, y en una tarde me estudié todo lo que contenía sobre series.

Continué acudiendo a la biblioteca del Casino de Telégrafos, remachando y ampliando mi preparación, hasta el día antes de comenzar las oposiciones, en que me fui al teatro a ver «Doña Francisquita», para encontrarme lo más despejado posible al comenzar mis actuaciones.

Cada ejercicio constaba de dos partes: escrito (consistente en problemas) y oral. Ambas eran eliminatorias.

Al salir del primer ejercicio escrito, aquello era un guirigay lleno de protestas, porque los problemas habían sido «problemas para criadas», problemas demasiado sencillos. «Así —decían los de la academia— no hay nada que hacer.» Yo estaba un poco avergonzado, porque había hecho bien los problemas.

Telegrafíé a mi padre informándole de que habíamos aprobado veinte y volví a telegrafiar después del oral en que aprobamos dieciocho.

En el escrito del segundo ejercicio aprobamos diez y esos mismos quedamos aprobados en el oral.

En el escrito del tercer ejercicio me llevé el gran susto. Mi solución de uno de los problemas no coincidía con la de unos cuantos de los de mayor fama. Estuve tan seguro de que me habían eliminado que saqué con otros entrada para el Monumental Cinema. Mientras empezaba la sesión cinematográfica estuvimos paseando, hasta que se nos acercó un grupo que venía de la Escuela y habían visto la lista de aprobados. Habíamos aprobado seis. Regalé mi entrada al Monumental, telegrafíé

a mi padre y me marché rápidamente a la casa de huéspedes para repasar todo el tercer ejercicio que desde hacía tiempo tenía abandonado.

Desde las siete de la tarde hasta las siete y media de la mañana del día siguiente estuve repasando y remachando el ejercicio. No desayuné y estuve paseando por Recoletos hasta las nueve de la mañana en que estábamos citados los seis. Sobraba uno y durante la espera no nos mirábamos como enemigos. Recuerdo que empecé a contar un cuentecillo que los demás escuchaban riendo y que interrumpió el bedel llamándonos al examen. En octubre, dije, terminaré el cuento a los que queden.

Terminado nuestro examen he de reconocer que todos estábamos serios y nerviosos esperando la lista final, en que uno de los seis, tenía que aparecer eliminado.

Salió la lista y sería muy bonito por mi parte decir que la alegría de verme aprobado se enturbiaba por la tristeza, que nos produjo ver a un compañero que había llegado inútilmente hasta el final. Confieso que no fue así; nos sentimos desbordados por la alegría y sólo unas palabras de cumplido dedicamos al eliminado. Nos tuvimos sólo unos minutos para citarnos los cinco a cenar juntos y asistir después a un salón de fiestas. ¡Había que celebrar nuestro éxito!

Yo estaba muy contento, pero mi satisfacción se acrecentaba al pensar en la alegría y la emoción de mi padre al recibir mi telegrama.

Supe después que tanto mi padre como mi hermano Paco estuvieron todo el día pegados a Telégrafos en espera de mis noticias.

Pasamos una noche formidable, alegre y simpática, como final de la carrera de sobresaltos, a que durante una serie de días estuvimos sometidos. Todo fueron promesas de amistad y de compañerismo y el decidido propósito de ayudarnos mutuamente y abandonar cualquier idea de competición en nuestros futuros estudios.

Terminamos bailando hasta las cinco de la madrugada. No sé de dónde sacamos las fuerzas que lógicamente debían estar agotadas. Una vez más todo para mí fue pasodoble: no lograba entrar en ningún otro ritmo. Apenas sin dormir cogí el tren para Málaga donde me espe-

raba en su coche Pepe Mira. En el trayecto de Málaga a mi pueblo debió quedar muy enfadado el simpático médico ya que no recibió de mi parte ni una sola alabanza; fui completamente dormido.

Muy pocos días pasé en mi pueblo descansando, pues el 2 de octubre espezábamos el primer curso de Ingenieros. Estaba muy contento y orgulloso y estos sentimientos los compartía mi familia, pero tanto mi padre como mi madre, que me habían estimulado para que tomara parte en las oposiciones, no pudieron por menos de experimentar el dolor inmenso que causaba su sacrificio. Sabían que prácticamente se despedían de mí y sin poder contener las lágrimas me recordaron que yo con mi buen humor había representado la alegría de la casa.

Salí de mi casa conmovido y comprendiendo la magnitud del sacrificio de mis padres. Ellos me empujaron a esta nueva vida con falta total de egoísmo y yo empezaba mi promoción profesional a sabiendas del vacío que dejaba en mi casa.

Los jóvenes somos tan olvidadizos que llegué a Madrid lleno de euforia y dispuesto a enfrentarme alegremente y entusiasmado con la nueva situación que me brindaba una vida más activa e ilusionada, compartida con mis nuevos amigos.

El más joven de los compañeros se llamaba Carlos. Tenía un año menos que yo, y era inteligente, estudioso, ordenado, y a veces un poco gruñón cuando se le embromaba demasiado. Le llamábamos Don Gruñe. Cuando hacíamos un ejercicio escrito él, a una velocidad extraordinaria, escribía pliegos y pliegos. La concisión no era una de sus virtudes, pero había que reconocer que todo lo hacía bien.

Como éramos sólo cinco raro era el día en que todos no éramos preguntados, y el origen más frecuente de nuestras bromas a Carlos radicaba en que antes de las clases solía ensayarse en voz alta, para estar seguro de que sus respuestas al profesor serían correctas y bien expresadas. ¡Pero coño!, ¿tú crees que esto es una escuela o un teatro?, solía ser nuestro comentario.

El mayor llamado Enrique tenía treinta y tres años y estaba casado. Por esta condición era con el que me-

nos convivíamos al salir de la Escuela, pero era uno más en clase y de cuando en cuando era víctima de nuestras gamberradas. De éstas la que más le indignaba consistía en que si un día nos confesaba que no había podido estudiar y que tenía miedo a que le preguntaran, al sentarnos en el banco los cuatro nos quedábamos mirándole con fijeza, de tal modo que, llamando la atención del profesor, éste le sacaba a la pizarra.

—Sois unos cabrones —nos decía congestionado al terminar la clase.

Con Fabián y Valeriano, un año y dos mayores que yo, respectivamente, tuve siempre una mayor intimidad; solíamos muchas tardes estudiar juntos en la fonda donde Valeriano y yo nos hospedábamos. Enrique vivía en un apartamento con su mujer y los otros dos vivían con sus familias madrileñas.

El primer curso estaba tan cargado de asignaturas que no nos dejaban ni respirar. Al llegar el sábado los profesores nos dictaban problemas y ejercicios con lo cual el domingo era para nosotros como un día de trabajo y a veces más duro todavía.

Como ya he dicho, Valeriano y yo nos hospedábamos juntos y, naturalmente, ocupábamos la misma habitación de una fonda de la calle de Recoletos en los dos primeros cursos.

Eran las dueñas de la casa de huéspedes, doña Angeles, viuda de unos cincuenta años y su madre de edad avanzada cuyo nombre no recuerdo. Las dos eran muy aficionadas a la música y era rara la tarde que no se pasaban poniendo con insistencia unos cuantos discos en su gramófono. El favorito de las dos mujeres era Fleta, y a la vieja, después de oírlos, solíamos encontrárnosla recorriendo torpemente un largo pasillo diciéndolo con voz temblona: ¡Qué media voz tiene Fleta!

Doña Angeles de cuando en cuando bromeaba con nosotros en un tono picante. «¡Por Dios, señora, que usted ya está un poco pasada!». No se enfadaba por nuestra grosería y respondía con descaro: «¡Guardias harán ustedes en peores garitas!».

Aparte de mi compañero y yo, eran los huéspedes cuatro estudiantes de Medicina, otro de Farmacia, un viejo empleado de Hacienda y el orgullo de la casa, un comandante de Caballería llamado don Eduardo, que según nuestras patronas, poco menos que pertenecía a la alta aristocracia.

Don Eduardo disponía de la mejor habitación, cenaba con nosotros y comía diariamente en la Gran Peña. Aunque hombre de cara seca, era con nosotros amigable y atento y desde lo alto de su posición sabía brindarnos un sentimiento de condescendencia paternal.

La posición, que tanto ponderaban las patronas, pude comprobar que no se debía a blasón alguno, pues era hombre de clase media más o menos como nosotros; sino a que por lo visto habían conseguido tener unos cuantos galgos de cualidades extraordinarias con los que

era admitido en círculos aristocráticos aficionados a la caza.

Solía escucharnos con atención, raras veces tomaba partido en ninguno de los temas que discutíamos, reservándose, para encontrar la oportunidad de hablar de caballos y perros, en un tono que más que conocimiento parecía reflejar una íntima familiaridad.

Nos ofreció utilizar su habitación para estudiar con más comodidad y desahogo.

Aceptamos varias tardes y sobre su mesa, muy a la vista, como para no pasar desapercibidas, vimos una serie de tarjetas, con nombres aristocráticos. Por primera vez pude leer en una de ellas: Almirante Duque de Veragua. Este título que rezaba debajo del nombre de Cristóbal Colón constituía lo más llamativo de la habitación de don Eduardo. Bueno, eso fue al principio, porque cuando fuimos tomando más confianza con el aposento del comandante, descubrimos en un cajón de su mesa, un tratado de urbanidad titulado: «Reglas para comportarse en sociedad». Era el único libro de que disponía y desde su hallazgo no podíamos hablar con don Eduardo sin hacer un esfuerzo para reprimir nuestras risas.

Al empleado de Hacienda, de unos sesenta y cinco años, no le oí hablar nunca; pero según decían los huéspedes más antiguos, una noche se destapó, asegurando que él podía sostener un gran orinal con su órgano viril y estaba dispuesto a demostrarlo.

Los estudiantes de Medicina y Farmacia eran todos de Cartagena y constituían un grupo muy simpático con el que hicimos una buena amistad.

El de Farmacia, al que llamábamos Juanito, era muy buen estudiante, pero con un miedo a encararse con doña Angeles que rayaba en lo ridículo. Nuestra patrona tenía la obsesión de la luz eléctrica y traía mártir a Juanito cuando a partir de las once de la noche notaba encendida la luz de su habitación. ¡Pero carajo, es que para ser boticario se necesita estudiar tanto! El pobre muchacho no sabía qué responder y casi siempre optaba por apagar.

Un día me vino Juanito preocupado y pidiendo mi

ayuda, pues no tenía más remedio que confesarle a doña Angeles que se le había fundido la bombilla. «Llevo cuatro días sin poder, prácticamente, estudiar y ya no tengo más remedio que pedirle una nueva lámpara; tú puedes echarme una mano, pues se va a poner hecha una fiera y yo no sirvo para esto.»

Me presté con mucho gusto a lidiar a doña Angeles sintiéndome en conciencia obligado, porque lo que no sabía Juanito es que la lámpara era la de mi habitación y yo le había dado cambiazo. Si lo llega a saber, yo creo que me mata, abandonando para siempre su innata timidez.

Que yo recuerde sólo dos cosas conseguían irritar y excitar a Juanito. Una era que sus paisanos contaran que durante unas vacaciones de Navidad estrenó un traje con el que estaba presumiendo con las muchachas cuando un perrito levantó la pata y se lo meó.

La otra, ante la que sus paisanos quedaban impasibles, consistía en recordarles unos malos y groseros versos que decían así:

*¡Cartagena!, montes sin leña
Mar sin pescado
Mujeres muy putas
y niños mal educados.*

De los cuatro estudiantes de Medicina, Isidoro parecía el mejor de todos y más estudioso. Decía el muchacho que a medida que avanzaba en sus estudios, tenía que hacer un gran esfuerzo para no convertirse en un aprensivo, aunque a veces no podía remediarlo y al leer síntomas de enfermedades creía firmemente que las estaba padeciendo.

Recuerdo que este Isidoro nos sacó de un gran apuro. Habían, en efecto, llegado los carnavales y nos encontrábamos sin dinero para pasarlos alegremente. Cuando estábamos ya resignados, Isidoro nos dio la sorpresa: «Acabo de recibir las dos mil pesetas para pagar la cuota del servicio militar, si me dais vuestra palabra de honor de que me devolvéis el préstamo en quince días, están

a la disposición de todos». ¡Casi lo sacamos en hombros del comedor!

A la noche siguiente, Domingo de Carnaval, asistimos al baile de la Zarzuela que me pareció una verdadera explosión de alegría, gamberrismo y deseo incontenible de gozar de libertad como si se ofreciera la última oportunidad para todos los asistentes.

Ligamos con unas chicas jovencitas con las que bailamos, e iniciamos tanteos de plan. Una de ellas nos interrumpió en seguida: «Somos vírgenes y no queremos más que jugar, de modo que si vamos a alguna parte, ya lo sabéis, sólo jugar, jugar...».

Valeriano que, de cuando en cuando, presumía de prudente y conocedor «del paño», mientras las chicas se dirigieron a un palco donde tenían las acompañantes, nos reunió y nos dijo: «Hay que ser precavidos; como son menores nos pueden con sus mamás tender una trampa con amenaza judicial; lo mejor es perderlas de vista».

Seguimos el consejo de Valeriano y cada uno fuimos buscando plan por separado sin volvernos a ver hasta el día siguiente, pues en seguida nos perdimos entre aquella imensa y loca multitud.

Valeriano y yo éramos los que más estudiábamos en la fonda y con el resto de los estudiantes sólo hablábamos a las horas de las comidas. Después de las cenas prolongábamos por lo general nuestras discusiones y comentarios, que versaban de manera especial sobre la política de Primo de Rivera. La posición más intransigente era la mía, y como en aquella época, tenía una facilidad de palabra extraordinaria, mis intervenciones eran escuchadas con verdadera admiración y gusto por todos, sin que ninguno se atreviera a formular más que pequeñas y balbuceantes observaciones. El único que se consideraba obligado a contradecirme y discutir abiertamente conmigo era mi compañero Valeriano, y su actitud me la explicó perfectamente: para todos éramos los «de ingenieros» o «los de Tele», esto es, siempre se referían a nosotros bajo la misma denominación, y Valeriano, a pesar de su afecto y de su amistad, no podía admitir que yo sobresaliera rompiendo la paridad que el resto de los huéspedes mismos había creado.

Se comentó mucho la campaña de Blasco Ibáñez desde el extranjero contra la dictadura española y leímos el vibrante manifiesto que nuestro novelista consiguió se difundiera entre todas las clases sociales del país. Esta campaña excitó los ánimos y llegó a caldear el ambiente como ninguna otra propaganda antiprimoriverista lo había conseguido. Patriotas y patrioterros no podían permitir que desde el extranjero se juzgaran posturas españolas y se sacaran a relucir, ante ojos extraños, los supuestos trapos sucios de un régimen que aparecía como la negación de todos los principios fundamentales de un pueblo civilizado.

Yo diría que, parte de la masa neutra condenó la campaña de Blasco Ibáñez dispensando mayor simpatía a Primo de Rivera mientras que la oposición parecía haber recibido una inyección de optimismo y frotaleza. En esta ocasión don Eduardo no fue parco en palabras: «los trapos sucios se lavan en casa y sacarlos a relucir en el extranjero representa una traición y una cobardía». Parecía olvidar nuestro comandante que Blasco Ibáñez no se había marchado al extranjero para desde allí repudiar la política española. Se encontraba en el extranjero y se ocupaba de los problemas de su patria desde el único sitio que, por las características del régimen imperante en su país, le era permitido.

El estudiante de Medicina que menos estudiaba era Pepito. Era hijo único y según sus paisanos, tan mimado que, cuando anunciaba a su padre que le habían suspendido en una asignatura, recibía de éste dinero y una carta en que mostraba su inquietud por la posible preocupación o mal rato que hubiera pasado su hijo. La realidad es que nuestro Pepito se quedaba tan campante.

Era simpático Pepito, pero recuerdo que pasado algún tiempo y cuando empezó a agitarse la Universidad, me indignó contándome muy ufano, su intervención en una algarada estudiantil en San Carlos: «¡Menudo ladrillazo le he "arreo" a un guardia!».

No pude contenerme. Los estudiantes de tu especie, le dije, sois los últimos vestigios que quedan del señoritismo, pero del señoritismo de la peor clase. Todo os lo pagan vuestros padres, incluidas las diversiones más dis-

cutibles; las autoridades tienen con vosotros una condescendencia que no conceden a la clase trabajadora; hasta el público bobalicon sonríe ante las travesuras de los estudiantes como si formara parte de la simpática picaresca nacional, y encima os vanagloriais de dar un ladrillazo a un proletario de la autoridad que tiene que ejercerla para mantener a su familia.

—¡Para, coño!, sigues tan desbocado como siempre, ni que hubieses tú recibido el ladrillazo —fue su única y despreocupada reacción.

Los exámenes para nosotros empezaban en la primera decena de junio y terminaban bien entrado julio, pues de una a otra asignatura nos dejaban siete u ocho días. La noche después de cada examen, solíamos irnos a las verbenas y nos divertíamos con verdadera hambre de diversión.

Preguntándonos prácticamente todos los días y haciendo exámenes parciales con frecuencia parece a primera vista, que resultaba ridículo un examen final para cada asignatura, con su ejercicio escrito (problemas) y otro oral. He de admitir no obstante que la visión clara, y el verdadero conocimiento de la asignatura sólo los adquiriría al realizar el repaso completo para un examen global.

El aprobar para nosotros era más importante que para los demás estudiantes. Si en junio nos supendían en más de dos asignaturas y, en todo caso, si entre junio y septiembre quedaba una asignatura pendiente perdíamos todos nuestros derechos y teníamos que volver a prestar servicio en Telégrafos.

Terminados felizmente, Valeriano, Enrique y yo marchamos de Madrid despedidos por los dos que se quedaban en la capital.

En mi pueblo parecía lógico, que pasara las vacaciones aburrido, pues acostumbrado a otro ambiente, el muy estrecho que brindada mi tierruca, no era el más adecuado para divertirse. Nada de eso; en mí concurrían las circunstancias que se necesitan para pasarlo bien: juventud y ganas de pasarlo bien. En mi casa era una broma constante, cuando paraba en ella que era bastante poco. La mayor parte del tiempo la pasaba invitado en los cortijillos que las familias amigas poseían no lejos del pueblo.

Una de las características que más definen al andaluz viene dada por esa frase en la que se presume de tener en su casa «la mesa siempre puesta». Invitar a comer o a pasar unos días con ellas era una de las verdaderas satisfacciones que, al menos en mis tiempos jóvenes, experimentaban las familias de mi pueblo.

En los cortijillos la mesa siempre «estaba puesta», y allí comíamos lo mismo veinte que veinticinco sin grandes exquisiteces, pero siempre con abundancia. Eso sí, a la hora de dormir no había ninguna comodidad y con una serie de artilugios se armaba una cama redonda donde cinco o seis dormíamos muertos de sueño después de una noche de gamberradas en las que tomaban parte los trabajadores del cortijo.

Es muy frecuente hablar del señorito andaluz; pero sin negar su existencia, hay que admitir que pocos pueblos ofrecen el ambiente de cordialidad y a veces de confianza que reina entre señoritos y servidores en los pueblos de mi tierra. Entiéndase bien, el servidor sabía siempre dónde «estaba» el señorito, pero éste, llegado el momento, no tenía empacho en tomar con aquél una copa o tomar parte en sus juegos y diversiones.

Después de cenar había siempre uno o dos trabajadores que tras ponerse de acuerdo con los demás, proponían la representación de una especie de sainete-payasada

del género más inocente, con situaciones de enredo, que sólo a un niño podían hacer gracia y que en aquella buena gente, daba lugar a las más francas y alegres carcajadas. Al margen de estas actuaciones, uno de los bromazos a que eran aficionados consistía en meter en la cama de las sirvientas lo que ellos llamaban un «juas», que era sencillamente un muchecazo con vestiduras y rasgos de hombre para que al tropezar con él gritaran asustadas.

También y en circunstancias un poco indecentes tuve una de aquellas noches cortijeras un reencuentro con mi antiguo conocido, Rafaelillo *Mamahostias*. Vamos detrás del cortijo a ver si sorprendemos a un mocito, que ya no tiene más que ojeras y al que la novia, una sirvienta, le «manoseaba» todas las noches. Así nos invitaba el guasón de Antoñete, uno de aquellos trabajadores más animados, y aunque al principio nos resistimos algunos, se impuso la curiosidad y divididos en dos bandos dimos la vuelta al cortijo sorprendiendo a los jóvenes en plena faena. Se armó el gran escándalo y mientras ella se escabullía silenciosa, Rafaelillo hacía repetidos cortes de manga a sus compañeros.

Para darse una idea del clima que durante los veranos reinaba por los cortijos, referiré que en uno de menos categoría, vecino al que yo frecuentemente visitaba, al despertarse de la siesta uno de los trabajadores, se dio cuenta de que toda la cara la tenía pintada de negro con un corcho. De muy mal humor no pudo contenerse y le dijo a la dueña: «¡Ya podían haberme pintado los co...!». «Pues míratelos, míratelos», fue la respuesta. Miró y, en efecto, también allí había pintura negra.

Al término de mis vacaciones y regresar a Madrid dejaba a mis padres llenos de tristeza; mi madre al abrazarme no podía contener su llanto. Yo salía muy conmovido, pero he de reconocer que ya al llegar a Málaga pensaba más en lo que me aguardaba en Madrid que en lo que quedaba detrás. Sobre todo, esto ocurría pasado el segundo curso porque... en Madrid tenía novia; pero ésta es cuestión aparte.

Al terminar el segundo curso se corrió el rumor de que a todos los que estábamos en la Escuela, después de los exámenes seríamos enviados a la sala de aparatos

de la central telegráfica de Madrid. Para evitarlo, los profesores se pusieron de acuerdo con nosotros, y se espaciaron muchos los exámenes. Los repasos los llevábamos con más holgura y, por otra parte, a excepción de don Eduardo, los únicos huéspedes que quedamos éramos Valeriano y yo.

Nuestra habitación tenía una ventana frente a otra de la del piso contiguo y de la que sólo quedaba separada por un pequeño patio. Pues bien, una tarde, doña Angeles, nos invitó a asomarnos a la ventana para ver a una niña muy mona, que recitaba versos que era una maravilla. Casi no vi a la niña ni menos reparé en sus versos. Al lado de la pequeña estaba una señorita rubia que me impresionó como hasta entonces mujer alguna me había impresionado. En definitiva, que llegó el escopetazo amoroso por los versos infantiles de una niña de cinco años. Yo no hacía caso de la niña, pero la pequeña Isabelita se entusiasmó de tal manera de mi acento andaluz, que se mostraba sumamente celosa por las atenciones que le prodigaba a su tía. ¿Tengo que decir que poco a poco la pequeña dejó de asomarse y la única que lo hacía era su tía? Nuestras conversaciones fueron haciéndose cada vez más frecuentes y al despedirme para pasar las vacaciones estivales ya éramos novios.

LA FONDA DE RELADORES

A la vuelta tuve el buen sentido de comprender que por ningún concepto convenía la vecindad con la novia y que se imponía el cambio de fonda. Me acompañó Valeriano y juntos nos hospedamos en la calle de Relatores, muy cerca de la antigua plaza del Progreso.

En nuestra nueva residencia había muchos huéspedes; desde luego más de veinte y venían a distribuirse entre estudiantes de Medicina, sargentos de Aviación y dos o tres empleados de gremios diferentes.

La dueña, al mismo tiempo cocinera y buena cocinera, era de Yecla, regordeta, simpaticona y a pesar de su larga estancia en Madrid y de haber hecho su pequeña pacotilla, sirviendo en las cocinas de diferentes casas de postín, conservaba todo el espíritu primitivo y cerril de sus años juveniles. Tenía en su casa a su hijo Juanito, junto con su mujer y dos niños pequeños. La mujer le ayudaba en todo y estaba verdaderamente esclavizada. El hijo hacía de camarero y como de su madre no recibía un céntimo, se servía de todas las tretas para escamotearle los cuartos a la señora Petra. Esta no sabía ni leer ni escribir, aunque ella sólo confesaba que no sabía de cuentas. Yo de cuando en cuando lo dudaba y más bien creía que las que no entendieron de cuentas fueron la condesa A, la marquesa B y tantas otras ilustres señoras en cuyas casas estuvo de cocinera, haciendo la compra y consiguiendo con ésta, los ahorros suficientes para establecerse, en la casa de huéspedes, donde estábamos.

Lo primero que Juanito nos pidió a Valeriano y a mí fue que tuviéramos en cuenta que, al liquidar nuestra pensión al fin de mes, reconociéramos que habíamos llegado cuatro días después y que, naturalmente, el importe de los mismos se lo entregáramos a él.

«Ya saben ustedes cómo es la vieja, al fin y al cabo el día de mañana todo será para mí, pero no quiere en-

tender que un padre de familia necesita disponer de algún dinero. ¿Verdad señoritos que ustedes me comprenden?»

En realidad, Juanito se alegraba cuando había traspiego de huéspedes, ya que esto le ofrecía la oportunidad de incrementar sus ingresos aplicando su pequeña trampa a los huéspedes que entraban. Por esta causa, gustaba mucho de los sargentos de Aviación por los frecuentes cambios de residencia a que éstos estaban sometidos.

Eran muy simpaticones aquellos sargentos; por aquellos tiempos, debían estar relativamente bien pagados ya que hacían siempre referencia a sus francachelas y dispendios. Aprendimos de ellos un nuevo léxico, siendo la palabra que más empleaban la del «tortazo». —Sabréis que Jiménez se ha dado en Sevilla «el tortazo» —decían, por ejemplo—. Creí al principio, que el tortazo significaba un pequeño accidente, siendo así que la mayoría de las veces se refería a estrellarse y matarse con su avión.

La mayoría de aquellos sargentos eran gente admirable, rebosaban optimismo, ambición y una seguridad de que con el tiempo iban a mejorar notablemente su categoría profesional y social.

Había uno llamado Eusebio, que hablaba poco, casi siempre vestía de paisano y al entrar en el comedor de noche solía decir, golpeando la mesa: «Quisiera tenerla de acero, de acero iridiado, ¡coño!». Sus compañeros tenían ilusión de alcanzar pronto las estrellas; pero aquel sargento todas sus ilusiones parecían concentrables en obtener una virilidad de dureza inigualable.

La mesa era un verdadero guirigay. Los sargentos hablaban entre sí, de modelos de aviones, de horas de vuelo, de jefes y oficiales, de sus problemáticos ascensos... Los estudiantes de Medicina en los que incluyo dos médicos que estudiaban Odontología hablaban entre ellos y Valeriano y yo hablábamos con todos. Salpicando las conversaciones entrecruzadas se oía a Juanito que, al servir la comida, nos invitaba a comer más, empleando invariablemente esta frase que él creía muy ingeniosa y cargada de picardía: «Sírvase más, que la tarde es larga y nunca se sabe lo que puede terciarse... ¡Hay que tomar fuerzas!». Como siempre cuento algún éxito mío entre los compa-

ñeros de hospedaje, diré que, en efecto, tuve uno y muy grande contándoles el argumento de una comedia que una tarde había visto, algo subida de tono para aquellos tiempos, y de la que sólo recuerdo que exponía las tribulaciones de un marido que había descubierto en su mujer prácticas lesbianas. Interesé tanto al auditorio que fueron al día siguiente todos en masa al teatro, pero volvieron defraudados diciéndome, que era mi narración la que les había entusiasmado y que mis relatos era muy superiores a la obra. Yo más bien creo, sintiéndome por alguna vez modesto, que como asistieron a la representación conociendo el argumento, el desarrollo de la obra no ofreció para ellos el interés que inspiran las situaciones imprevistas o desconocidas.

Recuerdo a Juanito como la encarnación de Sancho Panza, tanto en lo físico como en lo moral. Siempre iba trotando, pero todos sus gestos, apariencias y modales denotaban que sus trotes iban dirigidos a la caza de la peseta, a esconder unas lonchas de jamón, o cuando les visitaba una hermana de la mujer, joven y guapita, en poderla sobar de la manera más repugnante. Juanito demostró que era también un gran cobarde. Por un enredo en que tomaron parte las hijas de la portera, nuestra patrona y un vecino de cierta edad, éste entró en la fonda diciendo: «¿Dónde está el hombre de la casa?; que salga si es que aquí hay un hombre». Juanito gritaba diciendo que se iba a perder, pero no se deshacía de los brazos de su mujer y de su madre, que no tuvieron que apretar mucho para contenerlo. Por cierto que, todos en la fonda, comentábamos con regocijo lo sucedido en el juicio que tuvo lugar y en el que declararon el referido vecino, las hijas de la portera y Juanito. Por lo visto, el vecino en su declaración, hizo algunas alusiones que no dejaban muy bien calificados la moralidad y los manejos de la más joven de las «damas» porteriles. Esta miró con desprecio al vecino y volviendo por su honra dijo con mucha energía: «¡Señor juez!, a honra tendría tocársela, si fuera un hombre joven; pero a un viejo como éste...». Todos apreciamos en su justo valor el sentido del honor discriminatorio de la hija de la portera y así de-

bió de considerarlo el juez que condenó al vecino, no se sabe si por difamador o por viejo.

Nuestro camarero era escurridizo, tramposillo, tenía siempre sus escasas facultades en estado de alerta para aprovechar cualquier descuido de su madre. Caía con fruición sobre las pequeñas presas que la ignorancia de la patrona o la casualidad ponían al alcance de sus manos; pero el timón de la casa seguía llevándolo con toda energía la mujer de Yecla. Esta no estaba dispuesta a ceder nada; toda su ilusión se cifraba en seguir amasando ahorros, cuyos primeros peldaños fueron escalados en sus años de cocinera de familias ricas y descuidadas.

Nuestra señora Petra creyó un día que había dado el gran golpe. Llegó congestionada de la compra y rápidamente, sin hacer caso a sus familiares, entró en su habitación cuya puerta cerró con llave. Momentos después se oyeron gritos desgarradores: «¡Ladrones, sinvergüenzas, canallas!, ¡engañar a una pobre mujer!, ¡mis mil pesetas de mi alma!». Tuvo un ataque de bilis espantoso que la duró varios días, y aquella mujer, durante una temporada, según su hijo, ni comía ni dormía. Le habían dado le timo del sobre y cuando ella, esperando encontrar una pequeña fortuna, se encontró con recortes de periódico, creyó que realmente el mundo se lo habían cambiado de repente y que la pequeña diosa de la fortuna, que hasta entonces le fue propicia, le había vuelto la espalda definitivamente.

La proximidad al café Progreso, uno de los llamados cafés clásicos con sus divanes de terciopelo rojo y grandes espejos, nos brindó la oportunidad de estudiar hasta las dos de la madrugada en un ambiente caldeado y cómodo, aprovechando para el desarrollo de nuestros cálculos, el mármol de los veladores que, cuando estaba lleno de ecuaciones y figuras geométricas, era inmediatamente limpiado por Manolo, el simpatiquísimo camarero asturiano que parecía estar haciendo guardia al lado nuestro.

Aquel café, con dos puertas, una a la plaza de Progreso y otra a la calle de Lavapiés, ofrecía una tranquilidad y un silencio superiores a los de una sala de biblioteca. Todas las mesas estaban ocupadas por parejas de per-

sonas relativamente maduras, cuyas relaciones clandestinas denunciaban el hecho de que, al despedirse, cada una de ellas salía por puerta distinta. Hablaban en voz baja y cuando nosotros llegábamos se veía que acababan de cenar y estaban aprovechando la sobremesa.

Un día a la semana teníamos que hacer un trabajo de mayor concentración para sustraernos de la curiosidad que nos inspiraba una tertulia de lo más heterogénea que pueda imaginarse. La formaban un médico, su mujer, un matrimonio de sacamuelas, un cartero, un impresor y tres jóvenes que presumían de ser escritores teatrales. Discutían todos los temas: política, teatro, las óperas que por aquel entonces cantaba Fleta en el teatro Apolo y, entre otros acontecimientos, los relacionados con el mundillo taurino con vistas a la próxima temporada.

Al sacamuelas le había visto varias tardes rodeado de curiosos, presuntos clientes, a los que ofrecía unos polvos maravillosos empezando su propaganda con estas palabras que no se me han olvidado: «Esas personas... que al levantarse por las mañanas arrojan esputos amargosos...». Tenía la especialidad en pronunciar la palabra «amargosos» como si sus letras las fuera masticando una a una.

Uno de los jóvenes hablaba con tanta familiaridad de María y de Fernando, que tardé en darme cuenta de que se trataba de María Guerrero y su marido, quienes a creerle, estaban detrás de él para representar una obra suya.

Aquel Manolo, ya de cierta edad, llegó a tener por nosotros verdadera simpatía y no le importaba en absoluto que a finales de mes dejáramos de pagarle el café; al contrario, siempre nos ofreció las mayores facilidades de las que, la verdad sea dicha, nunca abusamos.

Recuerdo que un señor había contactado conmigo para convenir las condiciones económicas y horas en que podría darle clases de Física a su hijo que estudiaba Farmacia. Nos citamos después de comer en el café de Progreso y previamente preparé a nuestro camarero: Manolo, le dije, van a llegar un señor con su

hijo a quien voy a dar clases, naturalmente yo haré como que quiero pagar; pero ¡por Dios! ando mal de cuartos, a poco que el padre insista usted coge el dinero. Descuide que no se me escapa. ¡Pues se le escapó! Había que oír a Manolo: «Ese tío es un sinvergüenza y un marrajo, ya vio usted cómo yo fui a echarle una mano, pero toda la fuerza se le iba por la boca y no acabó de sacar la suya del bolsillo». Sí, todavía sonrío al recordar la cara seria de Manolo, con la mano tendida a mi interlocutor de la manera más descarada pero sin que aquel buen señor se decidiera a sacar el dinero de su bolsillo.

Nos tenía intrigado un señor bajito, cincuentón, todo vestido de negro y con una cara de tristeza que parecía poner énfasis al colorido de su atuendo. Este, después de tomar su café se ponía una mano en la mejilla y parecía entregarse a una profunda meditación con la cabeza un poco inclinada. De pronto, rápidamente, dejaba sobre el velador el importe de lo consumido y salía disparado del café. Parecía que había tomado una resolución definitiva y yo solía comentar: «Mañana aparecerá la fotografía de este señor en los periódicos diciendo que se ha suicidado o ha perpetrado un crimen». Tan convencidos estábamos de que había tomado una decisión trágica, que quedábamos sorprendidos cuando pasados unos días volvía a traspasar la puerta del café para adoptar las mismas posturas y repetir los mismos movimientos.

Como ni Manolo pudo penetrar en los misterios de aquel hombre, llegué a pensar en que debía interpellarle diciéndole: «Señor, sea usted serio, o adopta usted otras posturas, se reviste de otro talante; o mátese de una vez y déjenos tranquilos».

Al principio de ir al café llamábamos al sereno para que nos abriera el portal cuando regresábamos a casa; pero tuvimos que desistir, pues había noches que tardaba media hora en aparecer. Llegaba nervioso y con prisas, diciéndonos que las tabernas de enfrente estaban llenas de putas, chulos y gente peligrosa; comprendimos que tenía miedo y tuvimos que pedir a Juanito una llave

de grandes dimensiones, como las que en aquellas épocas eran las usuales.

Mi pequeño barrio que durante el día era tranquilo, a partir de las doce de la noche se inundaba de viejas busconas del aspecto más miserable. «¿Pero a dónde va usted, hermana?», solía yo decirles a las viejas que nos asaltaban.

Una de las tabernas establecida enfrente de mi casa era nido, como decía el sereno, de gente indefinible, con zorras de edad indeterminada en cuyos rostros pintarrajeados parecían haber dejado sus huellas todos los vicios, enfermedades y miserias. Alternaban siempre en el grupo chulillos cantando flamenco, a los que amigos de aspecto dudoso jaleaban continuamente.

Una noche al regresar del café presenciábamos una escena grotesca: uno de aquellos chulillos cantaba flamenco mientras meaba en la calle y su amigo con la mano puesta en su hombro le jaleaba con entusiasmo. No se podía asegurar si las muestras de complacencia y admiración iban dirigidas a la copla, a lo que exhibía o a la cantidad de orines que le estaba salpicando. Al lado de la pareja, una vieja zorra tiró al suelo a un hombre de una patada; miramos extrañados, viendo por fin que el que conseguía levantarse del suelo tenía una pata de palo.

Encima de aquella taberna estaban los locales de un círculo republicano radical, donde las noches en que se celebraba sesión se oían imprecaciones a la presidencia del acto, siendo las más frecuentes las que se referían a conceptos de las cuentas que algunos asistentes no encontraban muy claras. «¿Quiere explicarme la Presidencia cómo se pueden gastar al mes 70 pesetas en escobas?», era una de las preguntas indignadas que recuerdo.

Durante el día, parte de los locales del Centro Republicano se dedicaban a escuela, donde, según Juanito, se impartían las mejores enseñanzas. Allí había llevado nuestro camarero a su mayorcito y estaba muy contento, «porque señorito, como dice el maestro, "allí no se enseñan doctrinas ni demás leches", sino muchos números, mu-

cha lectura y mucha escritura. Lo que el día de mañana le va a hacer falta, que, señorito, uno está al cabo de la calle, y que yo tuve en la fonda a un cura que antes de ir a decir misa se zampaba el desayuno por lo que pudiera suceder... Usted me entiende, ¿eh? Y no crea usted que yo no soy católico; soy católico apostólico como el primero, ahora que romano no, romano de ninguna manera, señorito». Nunca me habló tan seguido ni con tanta elocuencia Juanito, de lo que deduje que le preocupaba mucho la buena educación de su hijo. Lo que no me atreví a preguntarle fueron las causas de sus disgustos con la curia romana.

MI VIDA CON LOS COMPAÑEROS

Ahora caigo en la cuenta que siendo mi íntimo compañero Valeriano, casi no lo he presentado como es debido. Era alto, presumía de tipo, se la daba de conquistador, se cuidaba su bigotito y como además del sueldo que todos cobrábamos recibía mensualmente dinero de su madre que estaba en buena posición, era de entre nosotros, el que mejor vestía y calzaba. Buen muchacho, inteligente, hablaba de un modo atropellado y era un modelo de orden, cuidadoso de todas sus cosas y muy pendiente de su comportamiento y de la impresión que pudiera causar en los demás. Esta última cualidad sólo la vi oscurecida cuando al pasar alguna noche por el Centro, se nos acercaba una prostituta con la que entablaba conversación, y cuando ella estaba más creída, le soltaba el eructo más ruidoso y repugnante que he escuchado jamás, a pesar de estar acostumbrado a los que prodigaba Juanito todas las mañanas. «¡Cabrón, hijo de puta!», lanzaba la prójima indignada, mientras se alejaba corriendo.

Pues bien, las cualidades de mi compañero que he reseñado a la ligera, motivaron entre nosotros pequeños disgustos que a veces duraban más de un mes sin que los restantes huéspedes se dieran cuenta. Sólo lo sabían nuestros compañeros de Escuela y se acababan con la mediación de Fabián, que era el que más seguía acompañándonos. Porque quede bien claro que nuestros enfados no impidieron nunca que saliéramos juntos; pero en fin, mejor será que cuente las cosas como Dios manda.

Los motivos de nuestros disgustos eran variados. Un día, al coger el Metro, quedaba yo en pagar los dos billetes y pasaba primero, no adquiriendo más que uno. Al pasar Valeriano tranquilamente ante la ventanilla, escuchaba las voces de la señorita: «¡Oiga!, ¡oiga!, ¡ese po-

llo entra sin pagar!». Indignación de Valeriano, que se ponía rojo como un tomate, obligado a volverse, presentar sus disculpas y pagar el billete al mismo tiempo que sobre él recaían las miradas burlonas de los demás viajeros. «¡Andaluz fulero, no me vuelvas a hablar!», era el principio de uno de nuestros «grandes disgustos».

Otras veces, al comprarme zapatos nuevos, daba en la tienda la dirección a donde debían enviar los viejos, en la que figuraba el nombre de Valeriano. Cuando éste volvía a casa, Juanito le decía: «Señorito, ha recibido usted una caja y he dado al portador una peseta de propina». Valeriano se la pagaba y abría con curiosidad la caja, profiriendo denuestos contra mí al ver unos zapatos viejos. En fin, otras veces se disgustaba porque usaba su cachimba, porque las hojas de unos apuntes que teníamos a medias las encontraba desordenadas.

Cuando estos disgustos tenían lugar, dejábamos de hablarnos, excepto en cortos diálogos de este corte:

—¿Me puedes dejar cinco duros?

—¡Toma!

—Déjame ya los apuntes.

—No he terminado.

—Llevas más de una hora.

—Seré muy burro.

—¡Estoy seguro!

Al llegar a la mesa, tomábamos parte en las discusiones como si no hubiera ocurrido nada, y sólo poníamos cuidado en utilizar la tercera persona cuando de nosotros se trataba.

Lo que verdaderamente resultaba ridícula era nuestra conducta al salir a la calle a tomar café en un bar después de comer. Salíamos juntos y al llegar a la calle cada uno caminaba por una acera, hasta que coincidíamos ante el mostrador del bar, donde nos servía nuestra taza de café el mozo, que nos saludaba con su habitual ¡buenas tardes, señores! Ni que decir tiene que por las noches no dejábamos de ir al café Progreso, donde estudiábamos silenciosamente y dirigíamos de cuando en cuando por turno nuestra palabra a Manolo.

Como ya antes dije, Fabián era el que después de

llamarnos idiotas, restablecía nuestra amistad, que sólo consistía en poder hablarnos en segunda persona, con lo que recobrábamos más libertad para negarnos los préstamos que mutuamente nos solicitábamos. ¡Paradojas extrañas de nuestras escaramuzas!

Desde que tenía novia, nuestras costumbres habían cambiado mucho. Cuando vivía en la calle de Recoletos, Fabián, cuando no estudiaba con nosotros, venía a buscarnos a las ocho de la noche, hora a la que salíamos como una exhalación, y después de merendar paseábamos, como paseaba prácticamente todo el mundo, por la acera del Ministerio de la Guerra de la calle de Alcalá.

Al emplear el verbo merendar supongo que nadie pensará en grandes dispendios por nuestra parte; pero lo que en los momentos actuales costará trabajo entender es que nuestro gasto ascendía exactamente a veinticinco céntimos por barba. Tomábamos cada uno una pequeña cazuela de calamares, bacalao con tomate, almejas u otros manjares que, con un vasito de vino, comíamos con el mayor placer.

A la baratura del menú hacían referencia unos versos impresos en cada servilleta, porque a cada uno se nos daba una servilleta del más fino papel. Todavía recuerdo sus versos:

*No me detengas, Felipe,
Que me voy a suicidar,
Que la vida está tan cara
Que no la puedo aguantar.
Para y oye, ¡desgraciado!,
Todo se puede arreglar,
Vete a casa de Manolo,
Que en Jovellanos está.
En el menú del día,
Una cazuela te dan,
Te quedarás satisfecho
Y te cobrarán un real.*

Creo que todavía existe la taberna-bar donde tomábamos la merienda y que está frente al teatro de la Zarzuela. Desde que tenía novia me citaba con ella, a las ocho

y media de la noche, junto al Ministerio de la Guerra, donde comparecía acompañada de su hermana o de, como entonces se usaba, de una pobre vieja, llamada Aquilina, a la que se llamaba señorita de compañía. Compadecía a la vieja Aquilina. Creo que recibía una peseta por acompañar a mi novia y le hacíamos andar hora y media detrás de nosotros; acababa verdaderamente rendida. A veces, cuando íbamos por calles no concurridas, la veíamos ponerse en cuclillas y, después de excusarse, se ponía a orinar como la cosa más natural del mundo.

Día grande era para la vieja cuando yo invitaba a sentarnos en una pastelería de la calle de la Montera, que creo se llamaba La India. La especialidad del establecimiento eran unos grandes pasteles que valía cada uno ¡cuarenta céntimos! y de los cuales Aquilina repetía generosamente.

Por los precios a que me refiero se dirá que la vida entonces estaba al alcance de los mendigos, pero todo tiene distintas interpretaciones. Lo que acabo de anunciar sería la versión optimista, mientras que la pesimista podíamos expresarla diciendo que vivíamos un estado de subdesarrollo muy propio de mendigos. La terrible pregunta es ésta: ¿Y ya que no somos mendigos vivimos más felices?

El ambiente de la escuela era magnífico. Lástima grande que tanto entusiasmo, tantos deseos de aprender por nuestra parte no encontraran, por lo general, la competencia del profesorado y el material didáctico que merecíamos. Nuestro curso era el menos numeroso; pero, como los demás sólo tenían siete u ocho alumnos, puede decirse que todos formábamos una gran familia en la que la amistad y el compañerismo nos unían estrechamente, aunque nuestras edades eran muy distintas. No era sólo Enrique el que rebasaba los treinta años, pues en los cursos superiores había unos cuantos aún mayores; pero la condición de estudiantes tenía tal fuerza, tal valor que, después de nuestros estudios y en los breves descansos entre clases, todos nos comportábamos como verdaderos chiquillos. Nuestras conversaciones, siempre de tono alegre, estaban salpicadas de bromas y de risas; pero fatalmente recaían siempre en lo mismo: las materias que

explicaba cada profesor, su competencia, sus puntos flacos y, sobre todo, su mayor o menor severidad en las calificaciones durante el curso y al final del mismo.

Había entre los profesores varios cocos, entre los que sobresalían don Félix, don Antonio y Lucena.

A don Félix le tuvimos, en primer curso, en Telegrafía y si no llega a ponerse enfermo en los primeros días de diciembre creo que nos suspende a casi todos. Sobre todo la tomó con Carlos, Valeriano y conmigo, y cada vez que salíamos a la pizarra trataba de ponernos en ridículo y decía que nos había puesto un cero. Recuerdo que, cuando nos despedimos al llegar las vacaciones de Navidad, Valeriano le encargó a Fabián que si se moría don Félix le pusiera un telegrama. Cuando volvimos, don Félix seguía enfermo y nos cambiaron el profesor, con lo que la atmósfera de la clase cambió por completo y el curso transcurrió con toda normalidad.

Pudimos enterarnos de que la úlcera de estómago de don Félix había experimentado una agravación considerable que le obligaba a permanecer en cama y, por lo visto, se entregó en manos de un médico vegetariano.

En el curso siguiente se nos anunció que don Félix, ya repuesto, sería nuestro profesor de Telefonía; nos echamos a temblar pensando que se repetirían las escenas de los primeros meses del curso anterior. No ocurrió nada de ello, pues el amigo don Félix, que sólo comía unas avellanas, espinacas o lechugas, había recobrado su salud y ecuanimidad. Cuando salíamos a la pizarra, todo eran felicitaciones y el curso discurrió maravillosamente. Yo propuse levantar un monumento a la lechuga.

Don Antonio era, además de severo, pintoresco. Como teníamos dos cursos de dibujo, en el aula en que se impartían las clases de esta asignatura nos reuníamos al mismo tiempo nosotros y los del curso inmediatamente superior. La clase se prolongaba durante dos horas y don Antonio salía con frecuencia, volviendo de puntillas con ánimo de sorprendernos, lo que en efecto ocurría muchas veces. Recuerdo que una vez entró dando gritos desaforados: «¿Quién es? ¿Quién fuma esa porquería?» Consiguió encontrar el cuerpo del delito y, pisoteando repetidas veces el cigarrillo, le decía a su dueño, que no era de nuestro

curso: «Yo puedo hacer la vista gorda si veo fumar tabaco negro; pero tabaco rubio no se lo consiento ni a mi padre, que viviera».

Quería don Antonio que dibujáramos en silencio; pero Pocito, un simpático andaluz de curso adelantado, en cuanto el profesor abandonaba el aula, no cesaba de cantar. Fue tragicómica la escena que se desarrolló una vez en que llegó don Antonio silenciosamente y permaneció un instante en la puerta, mientras Pocito, que dibujaba de espaldas, no atendiendo nuestras señales de alarma, cantaba en aquel momento: «... y paróse el mocito en la cancela...». Creyó el profesor que se burlaban de él y necesitó Pocito de toda su labia y salero, que tenía por arrobas, para evitar ser expulsado de la clase.

Don Antonio tenía antipatía a mi compañero Carlos, porque éste, desde principio de curso, yo no sé por qué, cada vez que se dirigía a él se equivocaba y, en vez de don Antonio, le llamaba don José. «¡Me llamo don Antonio! ¿Se va enterando?», le gritaba como un energúmeno. Con estos antecedentes se comprenderá el peligro que corrió mi amigo cuando, en el momento en que inclinado el profesor sobre un pupitre con las piernas entreabiertas para corregir el dibujo de un alumno, se le cayó una goma a Carlitos, que fue a caer precisamente a los pies de don Antonio. Mi compañero, gateando inocentemente, fue a recoger su goma y, en el momento que la cogía, a Galbis, también del otro curso, se le ocurrió decir: «¡Miau! ¡Miau!». Miró don Antonio entre sus piernas, encontró a Carlos en postura gatuna y, creyendo que de él habían salido los maullidos, profirió verdaderos gritos de loco, amenazando con machacarle la cabeza y pedir su expulsión de la escuela. Queríamos ayudar a Carlos, pero no podíamos porque la risa nos ahogaba; pero fue tanta la desolación y la inocencia que reflejaba el rostro de mi compañero que debió de ablandarse don Antonio, que, sin dejar de proferir amenazas, abandonó el aula. Tardó Carlos mucho tiempo en perdonar la broma de Galbis.

También Lucena, el hueso de Resistencia de Materiales, tomó ojeriza a Enrique, que se vio sometido a un control tan severo que llegó a temer por la calificación final del curso. De esta ojeriza he de reconocerme culpable, aun-

que mi intervención no hubiera tenido ningún efecto sin la dificultad que encontraba mi compañero en dominar una risa congestiva y repetitiva que no pudo contener casi durante toda una clase. Las cosas ocurrieron así: el señor Lucena tenía las orejas más pequeñas y ridículas que jamás había visto, pero no sé por qué nunca me había dado cuenta de ello. Pues bien, una mañana, mientras explicaba, mi mirada recayó sobre las ratoniles orejas del catedrático y, muy serio, di con el codo a Enrique y, tocando mis orejas, le invité a que se fijara en las de Lucena. Al observar aquellas orejitas, en las que nunca había reparado, no pudo contener su catarata de risas, a pesar de que el profesor, asombrado, no cesaba de decir, con cara de pocos amigos: «¡Veamos, veamos, de qué se ríe ese señor!».

A medida que fuimos avanzando en la carrera, el camino nos pareció más despejado; íbamos teniendo más confianza en nosotros mismos y qué duda cabe que también los profesores nos dispensaban atenciones a las que nunca al principio estábamos acostumbrados. Seguíamos trabajando con la mejor voluntad y, aunque con algunos sobresaltos, terminamos todos felizmente, en espera de hacer el proyecto de fin de carrera para obtener el título.

El mismo día que terminamos se presentó en nuestra fonda Galbis como enviado del Ingeniero Jefe de una Compañía de fabricación de material telefónico, para ofrecernos un puesto de Ingeniero, a los tres que en aquel momento estábamos reunidos: Fabián, Valeriano y yo.

Valeriano desde el principio mostró sus preferencias por servir al Estado, pues tenía la ilusión de que lo destinaran a Valencia donde tenía su familia, y aunque yo acepté en principio, condicioné mi entrada en la Compañía a que aquella tuviera lugar en septiembre ya que prometí a mis padres pasar el verano con ellos. Fabián ingresó inmediatamente y Standard no aceptó ningún compromiso conmigo, pues, según decía Galbis, era en aquel momento cuando necesitaban ingenieros y no podían asegurar que fueran a admitirlos más adelante.

Me marché, pues, al pueblo, despidiéndonos hasta la fecha de nuestra entrega de proyecto. A su confección me dediqué mientras estuve con mis padres.

A finales de julio recibí carta de Fabián en la que me avisaba de una nueva oportunidad por parte de Standard, siempre y cuando me incorporara a la compañía a primeros de agosto.

Mi padre pensó que una compañía de rango internacional como Standard, ofrecía muchas más posibilidades y más porvenir que el que se vislumbraba en el servicio de la Dirección General de Telecomunicación. Me aconsejó que aceptara, lo que coincidía exactamente con mis deseos.

En Madrid tenía la novia, me había acostumbrado a la vida de Madrid y en Standard estaban muchos de los compañeros con los que había convivido en la escuela, aparte de Fabián. El sueldo que ofrecían era de 650 pesetas mensuales y esta cantidad que ahora resulta ridícula se consideraba entonces como muy generosa.

Todavía nos quedaba el proyecto de fin de carrera que llevaba muy adelantado, pero al salir de mi pueblo comprendí que iniciaba una nueva y acaso definitiva etapa de mi vida.

EMPIEZO MI VIDA DE INGENIERO

Antes de tener aprobado el proyecto de fin de carrera se me asignó un puesto de ingeniero en Standard; ¡que ilusión!. Para mí, un ingeniero era un señor que vivía en un mundo de apasionante trabajo, desarrollado con libertad y poco menos que con la admiración respetuosa de una pléyade de subordinados. En realidad, en el campo industrial, sólo había conocido al ingeniero de la fábrica de azúcar de mi pueblo, que cada tres o cuatro meses la visitaba, sin que sus visitas duraran nunca más de dos horas. Llegaba en automóvil y era recibido y despedido en la puerta con exagerada cortesía por el administrador al que todos los muchachos y el pueblo entero, consideraban como un ser revestido de todos los poderes. La primera vez que contemplé al gran don Eugenio despidiendo con postura reverencial a un señor desconocido en la puerta de la fábrica, pregunté asombrado: «¿Pero quién será ese señor a quién el administrador despide con tantas zalemas?». «Ese es ¡el ingeniero!», me contestó un enterado, y aquella palabra, aquel título, resonó en mí de una manera tan extraña y profunda que a veces pienso si quedó grabado desde entonces en mi subconsciencia el deseo de ser ingeniero.

Mis ilusiones empezaron a tambalearse una hora después de sentarme en la mesa que me tenían asignada en una gran sala ocupada por muchos otros ingenieros. En efecto, pasada la primera hora, que dediqué a compenetrarme con unos circuitos telefónicos, que estaban delineados en grandes dibujos azules, me entregaron un sobre. Lo abrí y quedé pasmado; la carta más o menos, decía lo que sigue: «Tenemos el gusto de comunicarle que le corresponde a usted el número 1.012 y éste será el que se servirá marcar a las entradas y salidas de la oficina, en el reloj situado en el segundo rellano de la escalera...» ¡Me había convertido en un número! ¡Dios mío! ¿Dónde

quedó el recuerdo de aquel ingeniero de la fábrica de azúcar?

Me advirtieron los compañeros que se comía en la fábrica, y en efecto, a la una en punto, sonaron de un modo estridente una serie de timbres que, por asociación de ideas, me recordaron las campanadas que anuncian a los albañiles la hora de la comida. Todos corrían como locos para coger sitio en las colas que se organizaban ante los relojes donde se marcaba (pinchaba era la expresión) la señal de salida, y vuelta a correr para colocarse en otra cola que, entre dos paralelas, daba acceso al comedor y permitía, a medida que se avanzaba, recoger de un largo mostrador los platos y cubiertos.

El espectáculo me resultó deprimente; ya no era el albañil que al toque de campana empieza su comida, pero sentándose donde y cuando quiere y moviéndose con libertad; era el asilado o pupilo de un correccional que en todo momento iba empujado y canalizado por un único camino previamente establecido por la dirección de la fábrica.

Pensé que me había equivocado, que era un absurdo que tanta ilusión, mantenida durante años, fuera a desembocar en una realidad tan triste, en que ni la dignidad profesional, ni simplemente la humana, iban a merecer el menor respeto durante el desarrollo de mi nuevo cometido.

Al sentarme en la mesa con otros compañeros, uno de ellos me señaló a dos señores, de los que todavía iban marchando en la larga cola: «Mira, ese alto y rubio es el director general y aquél que está tres puestos más atrasado, también rubio, es el ingeniero jefe». En mi turbación, no me di exacta cuenta del impacto recibido; pero aquella indicación del compañero iba revolviendo todos mis pensamientos e ideas, que acabaron por centrarse en esta sola conclusión: el director general y el ingeniero jefe también hacían cola, también eran conducidos. Todos los nubarrones que momentos antes veía proyectarse sobre mi porvenir, fueron desapareciendo y empecé a considerarme un poco ridículo, por dramatizar detalles, de tan poca importancia; ¿de qué me había servido educarme con chicos con los pies sucios y descalzos, si no podía

aguantar con espíritu un poco deportivo, aquel espectáculo de las colas en las que, si yo participaba, también lo hacían el director general y el ingeniero jefe?

Con el tiempo fui conociendo un poco más la fisonomía moral y humana de nuestro director general.

Era un puritano, casi un cuáquero, pero como casi todos los hombres que adoptan una conducta demasiado rectilínea en la vida, se envanecía de su propia virtud y llegaba a esforzarse de tal manera, que rindiendo un tributo a la apariiencia, venía a caer en las mayores ridiculeces. Así, nuestro director americano, cuando después de comer había encendido un cigarro puro, al entrar con los demás en el ascensor, como en éste estaba prohibido fumar, enseñaba el cigarro al ascensorista y muy humildemente, le decía: «Observe, está apagado».

Con el tiempo, llegué a pensar que el llevar el cigarro apagado cumplía dos finalidades: una, la de mostrárselo al ascensorista para presumir de ser el primero en cumplir las instrucciones, y otra la de ceder a su espíritu ahorrativo que se manifestaba en todos los factores o detalles que pudieran tener alguna influencia en la producción. Por ejemplo, como nuestra fábrica está muy próxima a la estación de «Las Delicias», oíamos los silbidos de las locomotoras que, a veces, eran tan prolongados y molestos que impedían todo trabajo. Pues bien, Mr. Baker, nuestro director, un día reloj en mano, fue cronometrando los silbidos, y envió un escrito a la Dirección de Ferrocarriles en el que hacía constar los minutos y segundos que duraban los silbidos y el número de productores con que contaba la compañía, para llegar a la conclusión, de que un determinado número de horas hombre, habían sido perdidas. La respuesta de la Dirección de Ferrocarriles, si es que la hubo, nunca se supo.

Todos los puestos de mando de la compañía estaban ocupados por extranjeros: director general, ingeniero jefe, director financiero, y algún otro americano, belgas abundaban en el departamento de ingeniería y en fábrica, cuyo director era un viejo alemán; en instalaciones se mezclaban nacionalidades muy diferentes, cuyos miembros dotados del mayor empuje y espíritu de aventura habían llegado a España a desarrollar una campaña que

durante algún tiempo fue fulgurante, y que influyó de manera decisiva en el espíritu dinámico y resolutivo que siempre ha caracterizado a este departamento.

¿Cómo mirábamos nosotros a los extranjeros? ¿Como a unos extraños? No, los extraños éramos nosotros, ellos daban la sensación de «estar allí», y con toda naturalidad y de manera rutinaria desarrollaban su labor, ya que estaban ejerciendo el mismo cometido, y prácticamente en las mismas condiciones que en su país de origen.

Desde el principio, el presente no nos preocupaba; todas nuestras miras se dirigían al futuro, y en este sentido, seguros de que la estancia en España de los extranjeros era accidental, nunca fueron éstos considerados como competidores; la competición se estableció leal y apasionadamente entre todos nosotros.

Los que no éramos jefes ocupábamos nuestros puestos en grandes salas donde estaba prohibido fumar. En uno de los bordes de la sala se extendían los despachos, constituidos por cerramientos de madera y cristal abiertos por arriba, en los que los jefes que los ocupaban despedían con frecuencia el humo de sus pipas o cigarrillos, que cosquilleaban nuestras envidiosas narices.

A nuestro lado, pues, teníamos a nuestros jefes extranjeros con sus despachos, su mando, sus responsabilidades y permiso para fumar. Esas eran las posiciones que con ardor, poniendo en nuestro trabajo tenacidad e inteligencia, queríamos conquistar.

Parecerá ridículo, pero había todavía algo, símbolo de autoridad, que queríamos conseguir. La sala de servicios higiénicos constaba de una serie de pequeños gabinetes con puertas oscilantes y abiertas por arriba sin llegar tampoco hasta el suelo. De esos gabinetes o cabinas sólo uno en cada planta se cerraba con llave y eran los jefes los que la poseían.

Como se comprenderá, era frecuente que en determinados momentos hubiera grupos esperando su turno para entrar en las cabinas comunes y sin llave. De cuando en cuando veíamos pasar entre nosotros, serio y erguido, un señor que con llave abría un gabinete. ¡Había que conquistar un despacho y había que conquistar una llave!

El primer trabajo a que me dedicaron consistió en la

revisión y puesta a punto de los repetidores telefónicos que en gran número se distribuían por todo el ámbito nacional. Esta labor que ahora es sencilla, entonces tenía muchas complicaciones, y yo, con aparatos de medida, que a veces no eran los más idóneos, tenía que actuar muy escrupulosamente y al mismo tiempo con rapidez, pues era tal la urgencia en disponer de aquellos equipos, que, al llegar las cinco de la tarde se presentaban en el lugar de mi trabajo los mozos del departamento de expedición, con largas cajas de madera para embalarlos tan pronto como yo los diera por buenos.

Recuerdo que una tarde tropecé con la llamada respuesta a la frecuencia de un repetidor, sin poder conseguir por ningún medio que fuera la correcta. Sudaba y me desesperaba, incrementándose mi nerviosismo, ante las miradas impacientes de aquellos mozos de embajalaje en los que quería descubrir esa mezcla de burla y de desprecio que, desgraciadamente, inspira a veces la incompetencia.

Debe ser una tontería, un detalle, me decía a mí mismo, mi falta de experiencia me está jugando una mala pasada. ¡Dios mío, si alguien pudiera darme una orientación!

Pareció que Dios me había oído, pues vi acercárseme al ingeniero jefe americano que en aquel momento, lo consideré mi Ángel de la Guarda.

Llegó el americano a quien le expliqué con todo detalle todo lo que había hecho y los diferentes resultados que estaba obteniendo.

Me escuchó con toda atención y al final, poniéndome una mano en el hombro y con la mejor de sus sonrisas me dijo: «Mr. Márquez, ¡good practice for you!» (buena experiencia para usted). Me pareció la versión americana de aquella respuesta que me dirigía Esteban cuando, al decirle que no entendía algo, él me invitaba a comprarme unas entendederas. Estaba visto que en la vida tenía que componérmelas por mí mismo, en todas las circunstancias.

En el comedor, en aquel comedor al que se llegaba después de superar una cola, nos sentábamos siempre los mismos, que hablábamos y reíamos, siendo el tema de

nuestras conversaciones las incidencias del trabajo, y ¡cómo no!, la dictadura cada vez más discutida del general Primo de Rivera. Se comprenderá que, conversando alrededor de una mesa, nuestros comentarios eran de la mayor ligereza y nos hacíamos eco de los cuentecillos que corrían de boca en boca y con los que una gran parte del pueblo español alegraba sus ratos de ocio, sin el menor respeto por ninguna de las cualidades de hombría de bien que a no dudar distinguían al general.

Decía uno, por ejemplo: «¿Sabes lo que ocurrió anoche en un colmado? Pues bien, uno de los asistentes dijo muy excitado que Primo de Rivera era un hijo de tal... y uno de los que le oyeron se levantó indignado diciendo que le iba a partir la cara, si volvía a repetir un insulto como ése. "Perdone, ¿es que usted pertenece a la unión patriótica?". "No". "¿Es acaso del somatén?". "Tampoco, lo que pasa, señor, es que yo soy hijo de puta, pero ¡todavía hay clases!"».

Con cuentecillos como éste en los que la grosería y un poco de ingenio eran los ingredientes principales, íbamos todos llenando las horas en que se iba consumiendo el régimen de dictadura militar.

Pasé por distintos departamentos en los que creo haber jugado siempre un buen papel y mientras tanto la actividad de la Fábrica se veía crecer de día en día, lo que reforzaba nuestras ilusiones y esperanzas. Había entrado a trabajar en agosto y, al llegar los últimos días de diciembre, me anunciaron que mi sueldo había sido aumentado en cincuenta pesetas mensuales. Un año después me incrementaron setenta y cinco pesetas, con lo cual pasó mi sueldo a ser de 775 pesetas, cifra que me llenó de satisfacción.

Como comprenderán, con aquellos sueldos tan generosos mi vida cambió fundamentalmente. Me busqué una habitación individual en la misma calle de Relatores, y aunque en general comía en mi antigua fonda, de cuando en cuando satisfacía un deseo sentido intensamente en mis tiempos de estudiante: cenar en el café Progreso, servido por Manolo, con el que recordaba con nostalgia los tiempos en que me servía el café junto a mi amigo Valeriano.

Sábados y domingos comía desde luego en distintos

restaurantes acompañado siempre por algunos compañeros, entre los que solía encontrarse mi buen amigo Fabián.

Ahora caigo en que no me he referido para nada a mi servicio militar, que hube de comenzar a los veinticuatro años, después de haber agotado los tres años de prórroga por estudios, y que hice como cuota en el regimiento de radio y automovilismo, batallón de radio.

Como todos los cuotas, estaba obligado a aprender la instrucción militar en una academia. Las clases eran nocturnas y entre mis faltas de asistencia, debido a mi trabajo en Standard que me pedía descanso, y mi poca habilidad, la verdad es que me incorporé al batallón, que se alojaba en el antiguo cuartel de la Montaña bastante flojo, en los movimientos de ordenanza.

Los primeros quince días y, en realidad, hasta que juramos bandera, nos baquetearon de lo lindo, primero en pelotones mandados por un sargento y después por un teniente de ingenieros.

Recuerdo que la primera vez que el sargento mandó «de cuatro derecha», fui tan inocente que le manifesté mi admiración por lo bonito que quedaba el cuadro con un hueco en el centro. «¡Ahí es donde tenía usted que estar, coño!» Yo había dado la media vuelta a la derecha pero sin avanzar como correspondía.

El sargento instructor, la verdad es que era condescendiente conmigo, pues no sólo toleraba mis torpezas sino que gustaba en el descanso de charlar conmigo de la manera más amigable. No se olvide que tenía 24 años; pero además estaba ya casi calvo y con el pelo prematuramente blanco, lo que inclinaba a los mandos a guardarme ciertas consideraciones. De todos modos, el sargento a que me refiero tenía buena pasta y sólo le veía enfadarse y con gritos de indignación, cuando un recluta, hijo de labradores, le llamaba escopeta al fusil. Esto ocurría con relativa frecuencia y el sargento gritaba e insultaba con tanta agresividad como si le mentaran la madre.

Después del sargento nos cogieron los oficiales, y siguieron breándonos, hasta que estimaron que el batallón podía ser inspeccionado por el coronel, ante el que

todos temblaban por tener fama de ser uno de los jefes más estrictos y severos del ejército español. Desfilamos e hicimos evoluciones en el Paseo de Rosales, ante aquel coronel laureado, y los oficiales quedaron consternados cuando oyeron los gritos indignados de «¡No parecéis soldados de ingenieros!, ¡no parecéis soldados de ingenieros!».

A los pocos días fue la jura de bandera, a la que acudimos juntamente los batallones de radio y de automovilismo. El coronel nos lanzó una vibrante arenga llena de fervor patriótico, poniendo énfasis en el hecho de que, con el acto de la jura, nos convertíamos en soldados españoles, pero sobre todo en «soldados de ingenieros». Esta especificación la repitió varias veces y me hizo pensar en lo difícil que es evitar el partidismo entre los españoles cuando un hombre de tan probado patriotismo, laureado, y de un espíritu militar a toda prueba, exaltaba en aquel acto nuestra condición de soldados de ingenieros al parecer por encima de la de soldados españoles.

Aquel coronel era inflexible con todos y no había cosa que le repugnara más que las recomendaciones a las que en todas épocas hemos sido tan aficionados.

Recuerdo que un muchacho fue llamado por el coronel y acudió a su despacho, muy ilusionado, creyendo firmemente que la recomendación de un gran amigo del jefe había surtido efecto. «¿Ha pedido usted a mi amigo, señor Lafuente, una recomendación para que su servicio militar le sea más llevadero?». «Mi coronel —tartamudeó el muchacho—, estoy trabajando y, con el servicio, pierdo horas...». «El mayor orgullo de todo soldado debe ser entregarse por completo al cumplimiento del deber. Queda usted arrestado durante tres días y su comportamiento será vigilado de un modo especial.» Así se las gastaba nuestro coronel.

Una vez jurada bandera, entrábamos en turno para hacer guardias. Estas venían a tocarnos cada ocho o diez días. Por las noches se pasaba lista y se leía la orden para el día siguiente. Yo era uno de los que no acudía a la lista y me enteraba de los posibles servicios pasando

por el casino militar, cuyo portero, mediante una propina, nos mostraba la orden.

Varios compañeros, fastidiados por acudir diariamente al cuartel para pasar lista mientras yo me libraba, se quejaron al sargento y éste no tuvo más remedio que enviar dos soldados a mi casa con la orden de que me presentara inmediatamente. Cuando llegué, vi al sargento rodeado de los acusadores que se regocijaban ante el castigo que por fin iban a imponerme.

Mi reacción fue desconcertante para el sargento: «¿Pero es admisible que a un hombre con canas y ya viejo, que está descansando de su guardia, se le haga venir con órdenes tan draconianas? ¡No hay derecho!, con todos los respetos; ¡pero no hay derecho!». El bueno del sargento, después de una corta vacilación, concluyó por reírse y los compañeros quedaron chasqueados.

Hacíamos guardias en la escuela de transmisiones (la más tranquila) y en la cárcel de mujeres, en la Modelo, en el cuartel y, raras veces, en el campo del Moro de Palacio.

En el cuartel nos mezclábamos pocas veces los llamados soldados de haber y los cuotas. Casi siempre el grupo que íbamos de guardia era de cuota, y sólo el cabo era de haber.

La guardia más frecuente, la de la escuela de transmisiones, era verdaderamente cómoda. Estaba formada por cuatro soldados y un cabo, y al anochecer se cerraba la puerta, con lo que prácticamente terminaba el servicio y, además, se disponía de cuatro camas. El primer día que fui de guardia recuerdo que se enfadó mucho conmigo el cabo porque, al llegar y ver las cuatro camas, se me ocurrió decir: ¡Sólo cuatro camas! ¿Dónde va a dormir el pobre cabo?

«El cabo —respondió indignado— dispone de cama fija y sois vosotros los que tenéis que turnar.» Para colmo, jugó el cabo a las cartas durante gran parte de la noche y mis compañeros le limpiaron los pocos cuartos de que disponía.

Uno de los cuotas a los que casi siempre le tocaba de guardia conmigo se llamaba Urdiales, y era el chico más parado y soso que he conocido.

Por más que le embromábamos no salía de su estúpida sonrisa; pero, amigo, era otro hombre cuando recaía la conversación en el incendio del teatro Novedades, que había protagonizado, saltando filas de butacas y golpeando como una fiera hasta verse libre en la calle desde la que estuvo presenciado con fruición todos los detalles de la catástrofe. Todos conocíamos su «único fuerte» y cuando no teníamos otro tema de que hablar hacíamos referencia al incendio que cada vez contaba más excitado y con distintos detalles. Llegamos a pensar que a aquel chico le hubiera agradado asistir a unos cuantos incendios catastróficos más.

Seguía en grado de preferencia, la guardia en la cárcel de mujeres. De esta guardia teníamos que tener más cuidado, pues con alguna frecuencia era visitada por el jefe de día, esto es, el jefe a quien le tocaba inspeccionar todas las guardias.

Aquella guardia solía animarse por las noches, cuando la policía hacía una redada de prostitutas, que en gran número llenaban la cárcel con su presencia, sus protestas y sus risas.

Según las prostitutas, las hermanas de la Caridad que servían en la cárcel trataban a las presas reclusas de delitos comunes con una dulzura que contrastaba con la crueldad y malos tratos de que ellas eran objeto. No me extrañaba, pues en aquellos tiempos el sexto mandamiento era el tabú número uno en todos los estamentos religiosos.

Con nosotros, aquellas hermanas de la Caridad eran muy amables, pero se notaba en una de ellas, la que según las prostitutas usaba vergajo, una mirada fría y unas facciones duras que revelaban firmeza y crueldad.

La guardia de más compromiso era la de la cárcel Modelo, pero sobre todo creo que lo que más influía en nuestra preocupación era el tono de misterio y los tintes novelescos y fantásticos con que los soldados la describían.

Para empezar, ya nos impresionaba un poco el hecho de que nos obligaban a cargar los fusiles y revisar las municiones. El grupo de los que íbamos de guardia era numeroso y, al llegar a la cárcel, un oficial revisaba

nuestro armamento y distribuía el orden de los puestos y garitas. «¡Anda, a ti te ha tocado la garita de la muerte!», le decían a uno. «Sí, sí —remachaba—; en varias ocasiones han matado al centinela desde la calle metiéndole un cuchillo por el costado a través de una de las mirillas de esa garita.»

Otro señalaba un lugar del patio, y refería las ejecuciones que en él habían tenido lugar, contando siempre los últimos momentos más dramáticos de algún célebre ajusticiado.

Cuando cerraba la noche, de tiempo en tiempo se oían voces, empezando por la primera garita con un «¡centinela alerta!». Seguía con «¡alerta!», y así, de garita en garita, hasta que, en la última, el centinela gritaba: «¡alerta está!».

Había noches en que o por no oírse bien, o porque uno de los centinelas se hubiera quedado dormido, se interrumpía la cadena de alertas y entonces al cabo de guardia le tocaba, acompañado por varios soldados, recorrer los puestos hasta aclarar qué había ocurrido con el eslabón perdido. Siempre el cabo se ponía de un humor de los demonios, pero, una de las veces en que me tocó acompañarle iba con verdadero miedo. «Ese cabrón que no ha contestado tenía, cuando empezó la guardia, cara de canguelo, y eso es a lo que más miedo tengo, porque los que están acobardados se ponen nerviosos y cuando sienten pasos son capaces de disparar y a lo idiota nos meten una bala en la barriga. El que más lo conozca que vaya dando voces llamándolo por su nombre», recomendaba el cabo. Y así fuimos por todo el camino diciendo: «¡Urdiales! ¡Urdiales!, somos nosotros».

Era el «héroe» del teatro Novedades y lo encontramos con la misma cara impasible y atontada de siempre, asegurando que no había oído el ¡alerta!

Era tradicional que durante las horas de descanso nos reuniéramos con un oficial de prisiones con el que se jugaba a las cartas, nos contaba cuentos a los que era muy aficionado y al final nos cedía su cama donde por turnos nos echábamos. Una noche nos quedamos sin cama, pues el tal don Fernando contaba los cuentos de

una manera tan premiosa que no pude por menos de decirle: «Le advierto, don Fernando, que por nosotros puede usted contar el cuento seguido». Se enfadó de la manera más ridícula; dijo que tenía sueño, se fue a la cama y nos quedamos sin ella.

Los primeros días que teníamos que permanecer algún tiempo en la sala dormitorio de nuestra compañía, con los petates recogidos, comentábamos su ambiente enrarecido y oscuro y, forzosamente, estimábamos lo difícil que sería para nosotros acostumbrarnos a la clase de vida que llevaban los soldados de reemplazo o de haber. No digamos nada cuando sentíamos alguna necesidad y teníamos que entrar en los «aseos». Allí se veían soldados en cuclillas jugando a las cartas sin cuidarse de los orines que casi inundaban los suelos por todas partes, chillando, discutiendo y soltando la frase de rigor: «me quedan cuarenta chuscos, ¡no quiero saber nada!». Los días que les faltaban para terminar el servicio militar los medían por las piezas de pan que diariamente recibían y que llamaban chuscos.

Contemplando aquel cuadro sucio y deprimente apreciábamos nuestra condición de cuotas que nos permitía no dormir en aquellos «antros». Pues bien, al pasar unos meses se produjo una situación delicada, debido al estado de franca protesta de los artilleros contra las disposiciones del gobierno Primo de Rivera, en el sentido de que los ascensos no se regularan exclusivamente por escalafón cerrado. Debido a esta situación, con una frecuencia que deplorábamos, éramos acuartelados formando retenes, con la obligación de pernoctar en el cuartel y estar preparados para cualquier eventualidad. Sobre aquellos petates que nos parecieron odiosos e insufribles estábamos deseando tumbarnos. ¿Quién hablaba de sujeción y de atmósfera deprimente? Hacíamos lo mismo que los soldados de reemplazo y, aunque con el uniforme puesto, pues así estaba ordenado, cuando hacíamos retén, cogíamos el catre con la mayor ilusión del mundo. Eso sí, hacer bien el catre no se nos daba del todo bien; pero mediante una peseta de propina nos servíamos de Rafael, un soldado manchego, muy simpático, que preparaba la cama a las mil maravillas y con frecuencia

se acercaba a nosotros, a ver lo que buenamente caía. «Cota, ¿me das un pitillo?», era una de sus frases con las que entraba en nuestro círculo. Después hablaba de su servicio, de sus compañeros de su tierra, y en fin de todo lo que le interesaba, pues era muy hablador. A mí me quedan setenta y cinco chuscos y no quiero saber nada ni me meto en nada, y no quiero líos. No he tenido ni un arresto y, si Dios quiere, pienso terminar la mili sin ningún castigo. Al tonto que duerme a mi lado le zamparon quince días de calabozo porque le encontraron en su arquilla, un papel en el que había escrito: «relación de todos los jefes y oficiales que me joden sin saber por qué» y debajo, «relación de todos los jefes y oficiales que me joden sabiendo exactamente por qué». Entre las dos relaciones estaban todos los jefes y oficiales del batallón.

«¿A mí meterme en el calabozo? ¡Ni hablar! Yo estoy acostumbrado a mi tierra, a ver desde muy lejos, y en el calabozo me pudro viendo todo tan de cerca. A mí que me den mi tierra manchega a la que estoy deseando volver. Eso sí, mis compañeros se matan por ser ordenanzas porque los rebajan de servicio; pero yo, ni hablar. A mí no me gusta limpiarle los mocos a los niños del teniente o del capitán. Y esos que hablan, como uno de la 2.^a Compañía, de que cuando la mujer del capitán está caliente, le manda ponerle las medias y él se aprovecha, eso es ¡leche!, ¡leche! Los ordenanzas en las casas que sirven no ven más culos que los de los pequeños de sus jefes cuando tienen que cambiarles de bragas. Yo me vine de voluntario para ver lo que podía aprender, he aprendido algo, pero por lo demás yo a lo mío y pensando en volver a mi Mancha.» Con ésta y parecidas chácharas nos entretenía Rafael después de sacarnos unas pesetas y unos cigarrillos.

Pasé una mala temporada, en el sentido de que perdía horas de mi trabajo en Standard, tanto por las guardias como por los retenes; pero volví a recobrar el espíritu de muchacho de mis tiempos estudiantiles. Oíamos las historias que contaban los soldados como si las hubieran presenciado o vivido, cuando la realidad es que aquellas historias habían ido rodando de reemplazo en reemplazo

y que acaso alguna vez habían sucedido. Nos ambientábamos rápidamente y también por nuestra parte contábamos nuestras historias, siendo uno de los platos fuertes la descripción, por parte de Urdiales, del incendio del teatro Novedades a que había asistido y que era de lo único que sabía hablar.

Observé algo durante aquella época cuartelera cuya causa no puedo explicarme. Nunca tuve tanto apetito y lo mismo le ocurría a los compañeros con los que intimaba. Frente al cuartel de la Montaña había una taberna donde comíamos, después de un par de huevos con morcillas la mayor cantidad de patatas y longanizas fritas que puede imaginarse. Después de un plato totalmente lleno repetíamos por lo general dos veces, y después, sentados sobre los petates, hacíamos la digestión a fuerza de pitillos, esperando llegaran las seis de la tarde para zamparnos un café con leche con cuatro o cinco porras y una ensaimada. Lo curioso es que nunca sentí pesadez alguna ni me he encontrado mejor físicamente que en aquella época de cuartel.

A veces, al salir del cuartel, por aprovechar el mayor tiempo posible, me iba directamente a Standard donde la primera vez, al verme de uniforme, produje verdadera sensación. «¿Pero qué pasa? ¿Es que han llamado a los reservistas?», era la broma que recorría todos los grupos. Ya he dicho que no sólo tenía veinticuatro años bien cumplidos, sino que además mi calva y mi pelo blanquecino me hacían representar treinta y cinco años.

Se cumplieron al fin los diez meses de servicio y el último día nos tocó de guardia en el cuartel. A los que íbamos a descansar después de nuestro puesto, nos dijeron que no nos echáramos en las camas, pues varios enfermos de tifus habían sido enviados al hospital después de estar unos días durmiendo en camas indeterminadas. ¿Íbamos a exponernos la última noche de servicio a coger el tifus por descansar unas horas? Dijimos decididamente que no; pero... nos acostamos y no volvimos a acordarnos del tifus que, afortunadamente, no había existido.

Tengo de todos los oficiales y mandos de mi batallón los mejores recuerdos; fueron amables, condescendientes

y, dentro de los límites que marcaba la disciplina, realmente humanos. Por verdadera paradoja, el único que me resultó odioso fue un médico militar con motivo de haberme dado de baja por una otitis. Cuando me presenté a él me despidió de manera destemplada sin mirarme siquiera y gritando: «servicio, servicio». Era el único del cuartel que vestía de paisano.

Me incorporé cien por cien a mi trabajo tratando por todos los medios de recuperar el tiempo perdido.

En la división de Ingeniería donde prestaba mis servicios, una de mis tareas consistía en preparar la parte técnica de las ofertas que tenía que confeccionar el departamento comercial. Como el precio de las ayudas que un departamento prestaba a otro se le cargaba al que las recibía, consideró el director comercial que le convenía más que yo fuera transferido a su departamento. Me lo comunicó el subingeniero jefe, don Virgilio, que tenía por mí la mayor estima y me aconsejó que protestara, pues ese cambio representaba interrumpir mi línea de trabajo y, en definitiva, quebraba mi futuro. Yo estaba indignado con la propuesta de transferencia y, cuando ya estábamos de acuerdo en el camino más conveniente para evitarla, le sorprendí y me sorprendí a mí mismo, diciendo: «Mire, don Virgilio, soy un poco fatalista, y si quieren que vaya a Comercial, allí voy, y nadie sabe si esto será bueno o malo para mi porvenir».

En aquel departamento empecé a relacionarme con un hombre extraordinario, veinte años mayor que yo y que habiendo estado prestando servicio en un laboratorio de investigación de París, iba a pasar a Standard, estando provisionalmente en Comercial.

Aquel hombre era sólo telegrafista, pero había estudiado mucho y adquirido grandes conocimientos en todo lo referente a la técnica radioeléctrica que él vio nacer en España. Tuvo el valor, sin saber prácticamente inglés, de marcharse a los Estados Unidos, donde se relacionó íntimamente con Lee de Foret, el gran inventor de la lámpara de tres electrodos. A su vuelta a España consiguió primero ayuda financiera suficiente para crear la Compañía Ibérica de Telecomunicación, donde empezaron a construirse los primeros equipos de radio en Es-

paña, y después la fábrica llamada Lámparas Castilla, que fue también la primera que de estos tubos electrónicos se estableció en España.

Lástima que ciertas características personales de aquel hombre tan inteligente, preparado y trabajador produjeran el fracaso económico de cuantas empresas promovió o en las que, dirigiéndolas, tomó parte. Tenía la manía de la perfección, una inquietud irrefrenable por analizar con ánimo de introducir mejoras en cuanto él mismo diseñaba y creaba.

Después de muchos gastos y esfuerzos se conseguía un modelo de equipo, se probaba, respondía positivamente en los ensayos; pero en vez de proceder a su fabricación en serie, el amigo Castilla decía con su acento andaluz y ronquillo: «Cambiano este circuito por el que se me ha ocurrido quedaría el equipo de jole!» Y vuelta otra vez a deshacer el modelo, reconstruirlo, gastar horas de trabajo para conseguir un segundo modelo al que, con pretextos parecidos, incorporaba otras modificaciones más o menos profundas, para quedar, según nuestro amigo, en una cosa estupenda. Como se comprenderá, así no había empresa que funcionara racionalmente.

Era Castilla de un desorden desorganizado: lo mismo se pasaba toda la mañana durmiendo en su casa sin vigilar el trabajo de los demás, como pretendía que le acompañaran a una febril actividad sus colaboradores hasta las tantas de la madrugada.

Gastaba sin orden ni concierto; pero lo peor es que no entendía el orden; no lo comprendía. Me acuerdo que de la casa donde estuvo viviendo en París, le reclamaban unos alquileres que había dejado de abonar y él comentaba con la mayor naturalidad: «Allí, los alquileres se pagan por trimestres y *se conoce, se conoce* que los franceses tienen la costumbre cada mes, de apartar una parte de sus ingresos para pagar el trimestre cuando llega su pago. ¿Usted lo entiende? Pues así son los franceses, y claro, uno no va a inventar el dinero para pagar un trimestre de un golpe». Castilla consideraba increíble la actitud francesa, tan adocenada y ramplona que llegaba a ordenar sus gastos a tres meses vista.

Con tales características no fue extraño que, hombre

de cualidades tan sobresalientes, fracasara en todas sus empresas y hubiera de resignarse a trabajar a sueldo que, por otra parte, nunca le llegaba al rebasar la primera quincena de cada mes.

De todos modos, y en el transcurso de toda su vida, después de terminar sus tareas en Standard, que pasó a realizarlas en la División de Radio y Lámparas, pensaba y trabajaba en mil proyectos, en los que ponía todas sus esperanzas, sin desilusionarse nunca ante los resultados económicos que no correspondían a lo previsto. Después de un proyecto, iniciaba otro con el mismo optimismo y la misma fe que había depositado en las primeras empresas de su época creativa. Tenía aquel hombre tal simpatía e irradiaba tal fuerza de atracción al plantear sus proyectos, que siempre encontraba algún socio que con entusiasmo, aportaba su trabajo y su dinero en las empresas de mi amigo. Naturalmente, los socios no le duraban y cada cinco o seis meses contaba con uno nuevo.

«¿Qué fue de Gómez?», le preguntaba yo a Castilla, cuando sabía que había cambiado de socio. «¡Eze no tenía perseverancia!», era la respuesta despectiva de un hombre que, en efecto, tenía muchas «perseverancias».

Una de las tareas que me encomendaron en el departamento comercial fue dirigir las instalaciones de sistemas de altavoces, hoy de técnica muy sencilla y que, por aquel tiempo, no sólo representaban una novedad, sino que utilizaba equipos complicados, con los que todos los cuidados eran pocos y eran frecuentes los fracasos.

En una fecha que exactamente no recuerdo, un jesuita, llamado el padre José, conocidísimo en Madrid, nos encargó la instalación de altavoces para los actos que durante una semana iban a celebrarse en San Francisco el Grande y que culminarían con otro masivo en el cerro de los Angeles.

San Francisco el Grande ofrecía unas malísimas condiciones acústicas, que agravaba el hecho de que el conservador de la iglesia me prohibió se clavara ni un solo clavo. «Arrégleselas como pueda, pero, ya sabe, ni un clavo», fue su orden tajante.

Aproveché las lámparas para colgar de ellas unos alta-

voces de poco alcance y, con el micrófono colocado en el púlpito, fui regulando los amplificadores hasta que me pareció obtener una buena audición.

Aquel trabajo fue para mí pródigo en sorpresas y disgustos. Una de las primeras fue escuchar a uno de los frailes de San Francisco lo siguiente: «¿Le han pagado ya los jesuitas? ¿No? Pues están ustedes aviados; ésos no pagan a nadie. No pagan y además se hacen los amos de todo. ¿No se ha fijado usted cómo se han adueñado de la iglesia?». (Ejemplo edificante de hermandad entre las Ordenes religiosas.)

Otra gran sorpresa fue contemplar el espectáculo de un templo atestado de fieles, en gran parte sacerdotes, que ovacionaban de modo entusiasta a los que iban pasando por el púlpito: cardenal Segura, obispos, seglares...

¿Han oído ustedes alguna vez corear en una iglesia con ¡bravo!, ¡bravo! los discursos políticos en un noventa por ciento que los oradores dirigían desde el púlpito? Pues, señores, eso fue con lo que me encontré asombrado. Y aquí viene el disgusto: cuando estaba hablando el Obispo de Madrid-Alcalá, dijo éste de pronto: «¡Fuera zaran-dajas!» Y de un manotazo tiró al suelo el micrófono. Consternado me dirigí al padre José, mientras enmudecían los altavoces. «No se preocupe —me dijo con la mayor ligereza—, el señor Obispo cree que tiene buen tipo, le gusta que le vean y cree que el micrófono le oculta a los oyentes.»

A todo esto, después de sustituir el micrófono, la audición era menos que mediana y empezaron a oírse protestas contra los altavoces. Yo daba pruebas de verdadero enfado cuando se acercó un señor, alto, elegante y como de unos siete años más que yo, para decirme, con aire de suficiencia y seguridad: «Mire, no se preocupe. Esos señores no saben hablar por micrófono; verá usted cuando yo hable. Yo ya he hablado por micrófono en Barcelona y sé cómo se hace.

Llegó el turno a mi amable interlocutor y en mi vida escuché ni un discurso tan vibrante, elocuente y agresivo, ni un entusiasmo entre los oyentes que rayaba en el histerismo. ¡Qué catarata de párrafos perfectamente contruidos, sin un tropiezo, y con un acento andaluz simpático

que sabía modular y poner énfasis en las frases de ironía y gracia, que, como juego de fuegos artificiales, acompañaban el fondo de su discurso!

Aquel, entonces joven, que hablaba era José María Pemán y fue aquélla la única vez que le he encontrado en mi vida.